

Dos siglos, dos naciones: México y Francia 1810-2010

Jean Meyer*

I. 1810-1910

Primeros contactos

No es extraño hallar franceses en la Nueva España durante el siglo XVIII, dado el papel que éstos desempeñaron en España. Mercancías y hombres atraviesan de Francia a México por España y el movimiento se acelera en la segunda mitad del siglo. Los hombres llegan directamente de Europa: soldados, médicos, peluqueros, impresores, cocineros, orfebres, artesanos, artistas, talladores llevados por virreyes y oficiales. No se puede estimar su número, pues no se oye hablar de ellos excepto cuando tienen algún problema con la Inquisición. Encabezan una corriente de inmigración profesional especializada que continúa durante todo el siglo XIX. Los franceses provienen asimismo de América: tras la Guerra de los Siete Años, Luisiana pasa a España y sirve de antecámara para la inmigración al imperio español. ¿Cuántos escaparon de este modo a cualquier tipo de contabilidad? Son suficientemente numerosos para que se haya deportado una centena en 1795-1796, por temor

al contagio revolucionario. Militares como Porlier, que tuvo una actuación brillante durante la guerra civil (después de 1810); religiosos como los padres Taillandier o Fréville, el abate Jean Chappe d'Auteroche, científicos como este último, Thierry de Menonville o Aimé Bompland, los franceses son más numerosos de lo que se cree en un mundo menos cerrado de lo que se ha dicho. Desde el siglo XVIII vienen del Béarn, como, por ejemplo, el antepasado de Miramón.

Son 700 en una lista del año 1800.

El final de las guerras napoleónicas aporta su contingente de héroes fatigados: 900 veteranos se instalan en el Champ d'Asile, en Texas, en la bahía de Galveston. Jean Arago, hermano del astrónomo, compañero de Francisco Javier Mina, inicia una carrera de general mexicano, algunos oficiales se instalan en numerosos puntos del estado de Veracruz: Acayucan, San Andrés Tuxtla. La inmigración del siglo XIX se vuelca en buena medida sobre dicho estado por la presencia de aquéllos. Quince franceses se encuentran entre los fundadores de Tampico. Algunos años más tarde, en 1821, llegan los primeros barcelonnettes, Arnaud —propietario de una hilatura de seda en Jausiers—, Joseph Coutollenc —su hijo será general mexicano y su nieto, senador— luego los Caire, Derbez, Ebrard, Manuel, Jaufred... Con ellos se inicia una nueva etapa de

* Centro de Investigación y Docencia Económica.

inmigración francesa, ligada al comercio y, posteriormente, a la industria y a la banca.

Detrás de sus súbditos, el gobierno francés, que tardó en reconocer la independencia de los países americanos, envía en 1823 al teniente de marina Samouel, para informarse sobre la economía, las finanzas y el ejército de México. Comienza una ola de viajeros que no se agota hasta la Primera Guerra Mundial, y que mediante sus escritos estimula la partida de franceses hacia México, los sueños del reino francés, imperio de México o gran ducado de Sonora... Entre 1820 y 1830 ¡son más de 300! Acaudalados excéntricos como Fred Maximilien, barón de Waldeck, sacerdotes como el prolífico abate Domenech, sabios pagados por el gobierno para estudiar las posibilidades del canal de Tehuantepec, técnicos contratados, arqueólogos. Son los Isidore Lowenstern, Duflot de Mofras, Arthur Morelet, Just Girard, Jean Jacques Ampère, Désiré Charnay, Alfred de Valois, Brasseur de Bourbourg.

En algún momento se soñó con resolver el problema agrario y demográfico del campo francés y el problema agrícola y demográfico de las tierras vírgenes mexicanas mediante la inmigración internacional. Fracasa la colonia del río Coatzacoalcos. Una segunda colonia fue fundada en 1833 por colonos borgoñeses, provenientes sobre todo de Champlite, en Jicaltepec-San Rafael (Veracruz).

La cultura francesa fue un horizonte de referencia a partir del siglo XVIII. Por su lado, la Nueva España comenzó a suscitar la curiosidad de Francia en el mismo momento, como tierra desconocida y misteriosa vagamente identificada con viejos imperios indígenas y mitos dorados reforzados por el auge minero. Esa curiosidad justifica el envío del capitán Jean Monségur en misión secreta a México en 1707, con el encargo de levantar un informe riguroso sobre el estado del gobierno colonial, la economía y los recursos del remoto país americano. Ese informe, el *Manuscrito de Jean Monségur* —que en sus versiones modernas se titula *Memoires du Mexique*— señala el principio de la mutua fascinación entre ambos países.

La de los novohispanos por Francia, claro, fue de otro talante. Los jesuitas mexicanos ilustrados del XVIII (y el cura Hidalgo), por ejemplo, se apasionaron por los autores franceses muy temprano: Francisco Javier Alegre tradujo el *Arte poética* de Boileau, mientras que Francisco Javier Clavijero y Benito Díaz de Gamarra traducían y estudiaban a Descartes, Malebranche, Voltaire y Rousseau. Más tarde, en 1801, fray Servando Teresa de Mier se instalará en París y fundará la que quizás fue la primera academia de lengua española en Francia.

Las ideas de los filósofos franceses de la Ilustración son una de las fuentes de inspiración de los insurgentes y, más tarde, de los arquitectos de las instituciones del México independiente. La presencia de las ideas de la Revolución francesa, y más tarde la epopeya napoleónica y también el pensamiento liberal y conservador generaron una influencia francesa en México. Es cuando Francia empieza a gozar de un prestigio que facilitaría los contactos culturales entre ambos países para rato.

Si bien Francia figuró entre los últimos países de Europa en entablar relaciones diplomáticas con México, el movimiento independentista llamó muy temprano la atención de Napoleón. Al fracasar sus intentos por convencer a los criollos mexicanos de la conveniencia de aceptar el gobierno de José Bonaparte, el emperador alentó el movimiento independentista por medio de sus agentes en Estados Unidos: un interés que frustraba la imposibilidad de enviar refuerzos y armas a los insurgentes debida al dominio que en los mares ejercía la armada inglesa. Restablecida la monarquía borbónica, los agentes secretos enviados a México, y los oficiales de la armada francesa presente en aguas mexicanas, tenían al tanto a París de los avances insurgentes y aconsejaban la necesidad de contrarrestar la creciente influencia inglesa. Sin embargo, la corte de Luis XVIII, en estrecha alianza con la de Madrid, se negó a recibir al ministro plenipotenciario enviado por Agustín de Iturbide luego de la salida del último virrey español en 1821. La Santa Alianza y el Pacto de Familia eran un impedimento para

que Francia reconociese la independencia de las nuevas naciones latinoamericanas.

El primer contacto diplomático entre México y Francia (1826) obedeció a razones estrictamente económicas. Las relaciones, meramente mercantiles, se establecieron mediante el envío a México de un agente comercial francés y la admisión en París de una contraparte mexicana. Los señores Murphy —padre e hijo— fueron los primeros representantes mexicanos acreditados en Francia. Con la revolución parisina de julio de 1830, el gobierno de Luis Felipe, en septiembre del mismo año, reconoció oficialmente la Independencia de México. Envió a un ministro plenipotenciario a México y otorgó categoría diplomática, con rango de encargado de negocios, al agente comercial mexicano en París, Fernando Mangino.

Las relaciones franco-mexicanas experimentaron un auge particular en el campo comercial entre 1830 y 1838. En la Legación Mexicana en París se suceden los ministros Lorenzo de Zavala, Lucas Alamán, Luis Cuevas y Máximo Garro. El comercio francés en México florecía y Francia ocupó el tercer lugar entre sus socios comerciales, con 23 por ciento del comercio exterior, después de Estados Unidos e Inglaterra. Los intercambios eran, sin embargo, muy desiguales: para 1831 se calculaban en 46 millones de francos, de los cuales 37 correspondían a las importaciones venidas de Francia, y sólo nueve a las exportaciones mexicanas. México, por su parte, era el cuarto cliente de Francia en el mundo, y sus negocios al menudeo dominaban al país con medio millar de tiendas establecidas.

El imperialismo francés

Desde 1826 hasta 1861, una larga serie de informes, consejos, proyectos e invitaciones familiarizan a París con la idea de una “intervención francesa”; “l’expédition du Mexique” de Napoleón III no fue el fruto de una idea nueva, como tampoco lo había sido la campaña de Egipto encargada por el Directorio a su tío Napoleón Bonaparte: aquella la acariciaban los diplomáticos franceses y los comerciantes marseleses del siglo XVIII.

En 1826 un capitán Cuvillier presenta un “informe sobre la situación de México” que la pinta como catastrófica, algo que repiten los informes diplomáticos de 1836, 1839, 1840, 1843, 1846, 1847, 1852-1853, 1857-1858... Desde 1830 surge un proyecto de “reino francés” en el norte de México para cerrar el paso al expansionismo estadounidense claramente denunciado: “un ejército de 15,000 hombres será suficiente”. En 1843 el “Tableau du Mexique par M. Guérault” afirma que “la intervención europea puede contar con un éxito fácil”.

Ese “Cuadro” se completa con un estado del país, de su ejército, con planos de los fuertes de San Juan de Ulúa, Veracruz, Perote, Puebla, una descripción del itinerario hasta México, para realizar “el gran proyecto”... Concluye que se debe crear “una monarquía fuerte o resignarse a que el mundo antiguo pierda las riquezas del Nuevo”. Ingleses y españoles no dicen otra cosa...

Otro informe afirma que “no existe una nación mexicana” y por lo tanto “una santa misión se ofrece a Francia”, según el diplomático A. de Cipayre.²

En 1857-1858, París recibe un “Projet pour la régénération du Mexique”.³ En los tres años que preceden la intervención francesa, el tema se expande y ocupa los tomos 49, 50 y 56 de la Correspondencia diplomática, sin contar los proyectos sobre Sonora, Chihuahua y el canal de Tehuantepec.

En 1838-1839, la “Guerra de los Pasteles” no desemboca en una “intervención” porque en ese momento el propósito inconfeso de París —las reparaciones por los daños sufridos por los franceses en el motín del Parián en 1828 son un pretexto— es obtener por fin el tratado de comercio favorable a los intereses franceses, tratado tan deseado desde 1828.

Dejo la palabra a Jacques Penot en cuanto a las operaciones militares:

² Ministère des Affaires Etrangères, Correspondencia Diplomática (MAE/CD), vol. 24, ff. 81-96; vol. 26, f. 166; vol. 27; vol. 29, p. 121.

³ *Ibidem*, vol. 46, ff. 104-120.



COMBAT DANS LA COÛLE DU PÉNITENCIER. — D'après un croquis de M. V. Pissier.

Cuando la marina francesa tuvo que entrar en guerra contra México lo hizo sin aprobar dicho conflicto y sólo en cumplimiento de las órdenes emanadas de un gobierno ávido de expansión económica. El capitán de navío Bazoche, agotado por las dificultades del bloqueo, solicitó que se le relevara de su puesto. Su sucesor, el almirante Baudin, por quien con seguridad nuestros amigos mexicanos no sienten la menor estimación, tuvo, sin embargo, la constante preocupación de preservar las vidas humanas y de evitar a la población los horrores de la guerra. Nunca deseó obtener una victoria rápida utilizando medios que juzgaba deshonorosos. Aún antes de salir de Francia ya había rechazado con altivez un proyecto cuyo propósito era el de adueñarse de la ciudad de Veracruz quemándola. Por el contrario, siempre quiso proteger de la destrucción a esa bella y heroica ciudad. Enviado a México con órdenes de obtener por la fuerza las reparaciones y el tratado, obedeció adueñándose del fuerte de San Juan de Ulúa, pero toda su correspondencia oficial y privada, y sobre todo su diario personal, revelan su total desaprobación del conflicto. Como almirante en servicio de guerra, la supo conducir con honor sin dejarse llevar jamás por deseos de gloria, o por la pasión y aún menos por el odio. No quiso comprometer el porvenir de las relaciones franco-mexicanas imponiendo a sus adversarios condiciones demasiado duras. Al poner fin al conflicto, cuidó del honor de México y pensó en el interés de todos. Demostró la confianza que ponía en los mexicanos al retirarse de la fortaleza de San Juan de Ulúa, antes de haber recibido un tercio de los 600 mil pesos de indemnización exigidos por Francia, pasando así por alto las instrucciones de su Gobierno que le indicaban expresamente mantenerse en la fortaleza mientras no fuera pagada íntegramente dicha suma. Su confianza no fue defraudada. El Gobierno mexicano saldó

su deuda con toda la puntualidad; se procedió a la firma y ratificación del tratado y, poco tiempo después de terminado el conflicto, se restablecieron rápidamente las relaciones diplomáticas y comerciales entre los dos países. A su regreso a Francia, el almirante Baudin fue objeto de críticas por parte de la opinión pública, que lo acusaba de haber concedido a los mexicanos condiciones demasiado benévolas, de no haber aprovechado las luchas interiores entre federalistas y centralistas, y de no haber buscado el apoyo de los partidarios del establecimiento de la monarquía extranjera en México. Con altivez y dignidad contestó que había actuado conforme a su conciencia y su honor. Como se verá por las siguientes líneas que envió al mariscal Soult, presidente del Consejo, el almirante, inclusive, dio una lección a su Gobierno proclamando que ningún pueblo tiene derecho a intervenir en los asuntos de otro para imponerle un soberano o cualquier otra forma de gobierno:

“Entre todas las naciones, Francia es hoy en día la más interesada en proclamar y sostener el principio de que ningún pueblo tiene derecho a intervenir en los asuntos de otro para imponerle un soberano o cualquier forma de gobierno. Francia debe respetar en otros países el principio que desea ver respetado en el propio”.

Sabia lección, desgraciadamente olvidada por Napoleón III en 1862.⁴

Se habla a menudo de los filibusteros estadounidenses y de sus intentos por despedazar al país; ahora bien los franceses no se quedaron atrás, si bien fracasaron, como el más conocido de todos, Gaston Raousset-Boulbon quien en 1852, luego en 1854, se la juega en Sonora y pierde la vida.

⁴ Jacques Penot, *Primeros contactos diplomáticos entre México y Francia, 1808-1838*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1975, pp. 116-117.

La intervención francesa

“La grande pensée du règne” viene después de treinta años de formulaciones repetidas del “grand projet”.

La aparición de Napoleón III envió al exilio, de nuevo, a muchos republicanos, algunos de los cuales llegaron a México, como Alfred Auguste Dugés, que enriquecerá el conocimiento científico de la fauna mexicana. Cuando en 1857 el gobierno de México proclamó una nueva Constitución, le incorporó muchos elementos del Código Napoleónico. En el mismo momento, los conservadores derrotados soñaban con la implementación en México de una monarquía fuerte, presidida por un príncipe europeo capaz de hacer por México lo que Napoleón III estaba logrando en Francia. El monarca francés se interesó en la idea, atraído por la riqueza del país y por su vecindad con la naciente potencia estadounidense. La suspensión en 1861 del pago de la deuda externa provocó el enfado de España, Inglaterra y Francia. Ingleses y españoles aceptaron negociar, pero Francia decidió romper relaciones y enviar una pequeña fuerza armada que fue derrotada en Puebla el 5 de mayo de 1862. Reforzados con el envío de veinticinco mil hombres, los franceses tomaron la capital en 1863 para Maximiliano de Habsburgo, ahora emperador de México. No fueron pocos los franceses que se opusieron a una aventura siempre impopular. El poeta Victor Hugo, exiliado voluntariamente, otorgó su apoyo a la causa liberal mexicana:

[...] Tenéis razón en creerme con vosotros. No os hace la guerra Francia; es el imperio. Estoy con vosotros. Vosotros y yo combatimos contra el imperio; vosotros en vuestra Patria, yo en el destierro. Luchad, combatid, sed terribles y, si creéis que mi nombre os puede servir de algo, aprovechadle, apuntad a ese hombre a la cabeza con el proyectil de la libertad.

Valientes hombres de México, resistid. La República está con vosotros y hace on-

dear sobre vuestras cabezas la bandera de Francia con su arco iris. Esperad. Vuestra heroica resistencia se apoya en el derecho y tiene a su favor la certidumbre de la justicia.

El atentado contra la República Mexicana es un atentado contra la República Francesa. Una emboscada completa la otra. El imperio fracasará en esa tentativa infame, así lo creo, y vosotros venceréis. Pero ya venzáis o seáis vencidos, Francia continuará siendo vuestra hermana, hermana de vuestra gloria y de vuestro infortunio. Y yo os repito que estoy con vosotros: si sois vencedores, os ofrezco mi fraternidad de ciudadano; si sois vencidos, mi fraternidad de proscrito.⁵

Los soldados franceses tenían una visión humorística de las causas de la Intervención:

Érase una vez un presidente de la República mexicana llamado Zuloaga que era un viejo cornudo. Su joven y guapa mujer se enamoró de un hermoso muchacho llamado Miramón; consiguió que su marido lo hiciera general y luego obligó a su marido a abdicar a favor de su amante. Pero un malvado llamado Juárez pretendió que a él le tocaba la presidencia y corrió al joven y hermoso Miramón; entonces Miramón le firmó a un banquero llamado Jecker una letra reconociendo muchos millones de los cuales recibió muy poco, utilizó ese poco para hacer la guerra a Juárez, quien lo derrotó y por lo mismo arruinó a Jecker. Pero el emperador Napoleón tenía un hermano, el duque de Morny, que siempre necesitaba dinero; el tal duque compró a Jecker su vale por unos centavos y llevó a su hermano Napoleón a hacerle la guerra a Juárez para obligarle a pagar el préstamo conseguido por el rebelde Mira-

⁵ Victor Hugo, *Actes et paroles pendant l'exil*, Londres, Melson, 1911, pp. 321-323.

món para destruir al gobierno legítimo de su país.⁶

Esa interpretación, recogida por quien era entonces un joven teniente coleccionista de “pequeños buddas” en Oaxaca, no está nada mal, si bien no toma en cuenta “el gran pensamiento del reino”: ponerle un alto al rápido desarrollo de la joven república de los Estados Unidos tomando como base de operaciones a México. Napoleón esperaba una buena acogida por parte de los mexicanos, “raza latina” como los franceses, gracias al rencor que guardaban a los Estados Unidos, que les habían quitado Texas y California. Dueño de México, o mejor dicho, en acuerdo con México, el emperador soñaba con apoyar a los Estados del Sur (otra “raza latina”) contra los anglosajones del Norte. La Unión captó inmediatamente la amenaza, y tan pronto como hubo acabado con los confederados exigió, invocando la doctrina Monroe, la pronta retirada de los franceses. Así fue. Napoleón tomó la amenaza muy en serio y anunció inmediatamente al mariscal Bazaine su decisión de poner fin a la Intervención; como le exigió guardar un total secreto sobre ese cambio de planes, el mariscal cayó bajo la sospecha de llevar un doble juego, hasta la traición, lo que no fue el caso.

El resultado fue la retirada anticipada, el abandono de Maximiliano cuando aquél optó por quedarse, la pérdida del prestigio conseguido en Argelia, Italia, China, Líbano. Tres años después de Querétaro, la derrota de Sedán selló el destino del Segundo Imperio.

La empresa de dar un gobierno estable y regular a México, a través de ese gobierno bien asentado, ilustrado, liberal, favorecer el desarrollo de una sociedad avanzada, preparar para los tiempos venideros un gran Estado de peso en la balanza del mundo; esa empresa está hecha para gustar a los corazones generosos y para ganar la simpatía de esta-

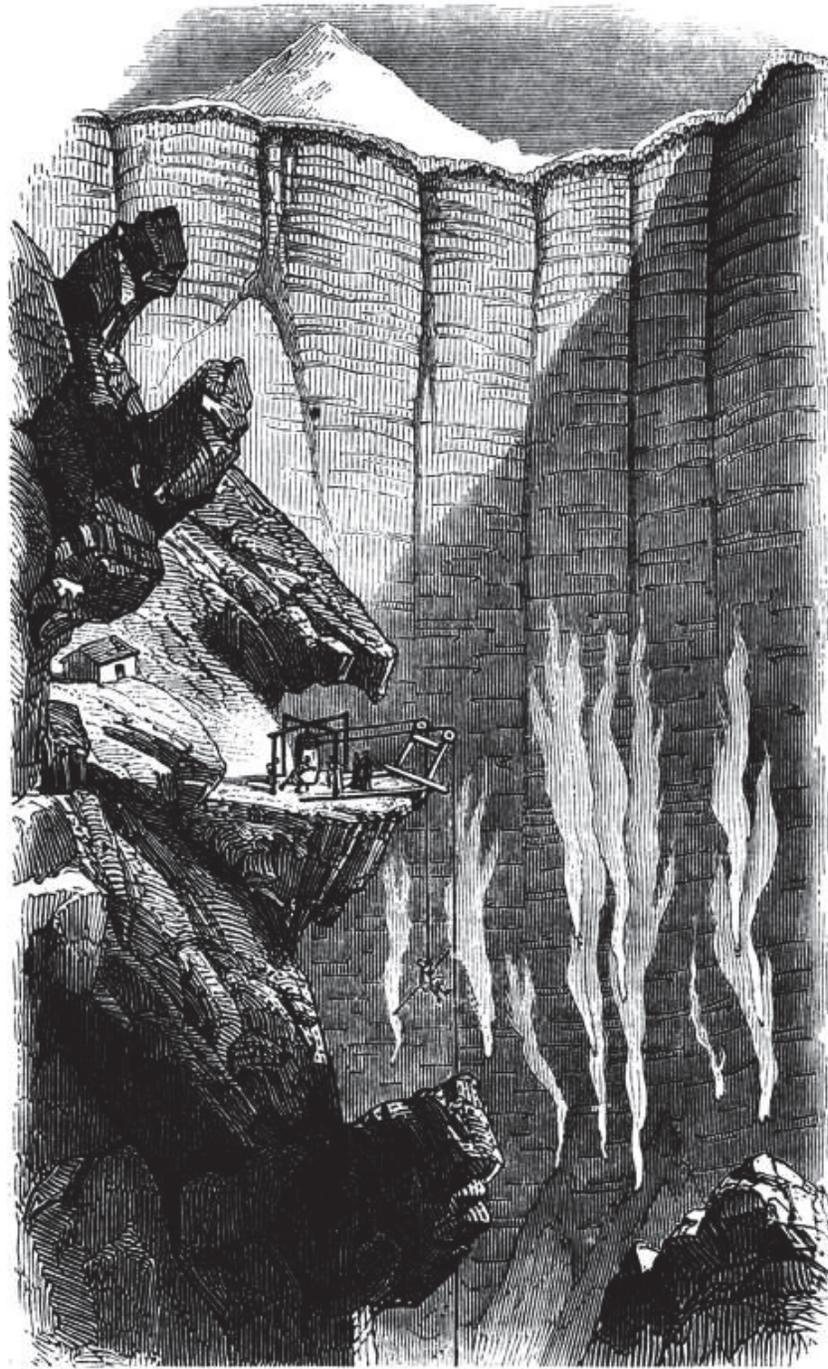
distas preocupados de los intereses más elevados de la política francesa [...]⁷

escribía Michel Chevalier en abril de 1862, cuando las tropas francesas se preparaban para el asalto sobre Puebla. No fue así.

Y aquí va un recuerdo mío muy personal —escribe Justo Sierra—. Yo, simple y gordo estudiante de filosofía y derecho, complicado con la lectura asidua de los folletos antinapoleónicos de Víctor Hugo y de cuanta obra revolucionaria podía pescar, asistí a algunas conferencias de hombres perfectamente probos y liberales que dieron su adhesión al imperio, en virtud de este razonamiento que oí repetir cien veces: la república no puede restablecerse contra el empeño del emperador francés resuelto ‘evidentemente’ a apurar en México todos sus recursos hasta lograr la pacificación; el gobierno legal de Juárez va acabar o ha acabado, sin sustitución constitucional posible; Juárez, para sobreponerse a los franceses, necesitará venir en los bagajes de cien mil americanos; la independencia del país, que es antes que la república, tiene, pues, dos amenazas supremas: el imperio sostenido por los franceses; la república restaurada por los americanos. Tenemos, pues, el deber de ayudar a quien trate de impedir estos dos peligros. Los que habían hablado con Maximiliano (podría yo citar nombres, lo haré en mis memorias) afirmaban que el príncipe les había comunicado confidencialmente este programa: si el partido liberal me ayuda, prometo, en primer lugar, hacer inútil por medio de la paz, no sólo impuesta, sino aceptada y por medio del divorcio con el partido ‘mocho’, que nos atraerá a los liberales militantes, la permanencia de los franceses en México; obtenida así esta independencia, yo doy a

⁶ General Zédé, “Souvenirs de ma vie”, en *Les carnets de La Sabretache*, 1935, p. 72.

⁷ Michel Chevalier, “L’expédition du Mexique”, en *La Revue des Deux Mondes*, 1 de abril de 1862.



Cratère de Popocatepetl.

ustedes (decía Maximiliano) mi palabra de honor de que me considero un jefe provisional y de transición en la nación mexicana, que, una vez consolidada nuestra independencia en ambos sentidos, hemos de llamar al pueblo a una consulta libre, enteramente libre, y si se pronuncia por la república, entregaré el gobierno a quien elija; lo natural es que sea a Juárez.

Ahora es cuando vemos la dosis formidable de ilusión que había en este modo de pensar; entonces era muy difícil, casi imposible, ver claro y ver recto. De este error vino la adhesión de muchos al imperio, no del deseo “inhumano” de traicionar a la patria; creyeron servirla, los que no estaban obcecados por la pasión política o religiosa, los que no podían partir del concepto de que no hay patria sin religión y menos contra la religión. Y cierto, la franqueza en apariencia incontestable del razonamiento que acabo de simplificar en unas cuantas palabras realza el mérito de quienes se mantuvieron firmes en torno de la bandera republicana en una lucha que, durante una época, fue sin ilusiones, casi sin esperanza.

Precisamente esto fue lo que determinó a Napoleón a retirarse; tres cosas exigían, con la exigencia de tres fatalidades ineluctables, la retirada del ejército francés: 1) La imposibilidad de aclimatar en el suelo mexicano, formado por la lava de las revoluciones, una monarquía; la resistencia creciente o decreciente, pero incesante del pueblo a los invasores, que llegó a formar, para estos mismos, la demostración perfecta de la primera verdad que está documentada ya y lista para ser utilizada por la historia. 2) La amenaza cada vez más clara de una guerra con la triunfante federación americana; cierto que hubo un momento en que se pensó organizar la resistencia y en que Napoleón ofreció a Bazaine mandar los refuerzos necesarios, pero esto fue una de tantas veleidades del irresoluto soberano, y pronto se encomendó a la diplomacia dar un aspecto decente a un abandono inevitable. 3) El

estado de la cuestión germanoitaliana en Europa. Si antes de Sadowa pudo haber vacilación, no la hubo después.⁸

Después de la intervención: paradojas

No solamente los franceses residentes en México no fueron molestados, sino que entre mil y dos mil soldados franceses pudieron quedarse tranquilamente en el país.

Luego de la derrota de Maximiliano, las relaciones diplomáticas se suspendieron por espacio de trece años, toda vez que Francia condicionaba su restablecimiento a la negociación de la deuda. Esta condición sería satisfecha por el gobierno del general Porfirio Díaz, quien desde su primer periodo presidencial decidió romper con el aislamiento de México frente a Europa y reabrió las puertas al capital inglés y francés, para extender las líneas de ferrocarril y explotar los centros mineros del norte.

Benito Juárez, para quien “la causa republicana francesa es la causa de todos los pueblos libres”, recomendó a los franceses luchar contra los prusianos utilizando la misma táctica de guerrillas que venció a Bazaine en México. Para colaborar en la causa de la Francia republicana contra Prusia, Juárez apoyó el envío de tropas mexicanas hacia Francia: “la Legión Mexicana —escribe el presidente Juárez en una carta hecha pública por el diario *Le Rappel* en 1870— es digna de combatir y morir al lado del ejército francés regenerado, por la sagrada causa de la república universal”. Vendría después en 1871, la Comuna... Varios comuneros, al ser derrotados, llegarían exiliados a México, y divulgarían ahí ideas y letras socialistas...

“La guerra de intervención francesa (que) ha tenido sobre el porvenir de la colonia de nuestros nacionales [...] una considerable y afortunada influencia”, escribe Arnaud. Las simpatías de la colonia por Juárez le evitaron problemas ulteriores y durante la guerra su origen les valió la clientela de los proveedores del ejército francés.

⁸ *El Mundo*, 17 de diciembre de 1899.

Los comerciantes franceses se beneficiaron de las sumas considerables gastadas en el mantenimiento del ejército y por los soldados del cuerpo expedicionario. Muchas grandes fortunas se hicieron entonces. La intervención resultó además en la creación de una línea marítima entre St. Nazaire y Veracruz, abierta a las mercancías cuyo transporte caía de 320 francos a 20 francos los cien kilogramos. Los franceses se libran entonces de las casas de mayoreo inglesas, alemanas y españolas para comprar directamente en Francia y en Manchester y fundar sus propias firmas distribuidoras. Una de las consecuencias más afortunadas para el comercio fue el gusto por el gasto y el lujo en el vestido desarrollado en proporciones enormes en todo México.⁹ El comercio de ropa, ya en gran parte en manos de los “Barcelos”, prospera. En el momento en que México va a conocer el despegue económico, en el último tercio del siglo, existía un grupo de franceses ricos y emprendedores. Éstos aprovechan su oportunidad histórica.

Entre 1870 y 1890 el imperio comercial francés se desarrolla y liquida a sus rivales: “en la época de nuestros desastres, un soplo de cólera e indignación se levantó en la colonia francesa”, escribe Leon Signoret.¹⁰ La explicación psicológica e ideológica tal vez no sea la única, pero jugó un papel importante en el asalto lanzado entonces en contra del comercio alemán. Es notable el hecho de que el comercio alemán, en expansión en el resto del mundo, tuviera que renunciar a la industria del vestido, al por mayor y al por menor, y refugiarse en la quincallería.

Los franceses no se limitan a monopolizar la ropa, la rama comercial más importante, sino que se lanzan a todas las ramas. Es la edad de oro de los grandes almacenes franceses: Palacio de Hierro, Puerto de Veracruz, Puerto de Liverpool, Centro Mercantil, Ciudad de Londres, Correo Francés, Nuevo Mundo... Pertenecen a sociedades en las que se encuentran todos los grandes

nombres de Barcelonnette. No se utilizan apenas capitales de Francia y ya no se depende de la industria francesa, puesto que de los 150 millones de francos en mercancías vendidas cada año, apenas la vigésima parte procede de Francia.

Para 1880, cuando se restablecen las relaciones diplomáticas, la presencia de la colonia francesa en el altiplano mexicano, más urbanizado, tenía el peso político para animar esa cordialidad. Porque si bien la emigración francesa hacia México no llegó con grandes inversiones en capital, sí aportó conocimientos y relaciones que le permitirían desarrollar florecientes negocios sobre todo en el área textil, de la banca y de la industria de la transformación.

Ernest Pugibet, gran industrial, forma en 1895 una sociedad para renovar la fábrica de San Ildefonso (una vez más se importan ingenieros, contramaestres y jefes de equipo de Francia “para desarrollar las buenas cualidades innatas de los obreros indígenas”). Pugibet había creado en 1875 una fábrica de cigarrillos, El Buen Tono, que se vuelve sociedad anónima en 1894 con un capital de un millón de pesos. La sociedad transformada en 1898 emplea a dos mil trabajadores y crea otra, igual de importante, en Nueva York. Estos éxitos que estimulan los capitales franceses de México y de Francia (por medio de la Unión Parisiense, el Banco de París y los Países Bajos, etcétera) no se detienen ahí: papeleras de San Rafael, vidrieras de Calpulalpan, Compañía Litográfica y Tipográfica Francesa, compañía de aguas gaseosas, Compañía Electrica (ciudad de México), Compañía de Fuerza Motriz y de Irrigación (Hidalgo), Fundidora de Hierro y Acero de Monterrey (capital de 10 millones de pesos, 2/3 franceses), Compañía Nacional Mexicana de Dinamita y Explosivos. La entrada de los franceses en el campo de la metalurgia y de los explosivos se debe a las inversiones de bancos franceses en las minas mexicanas: las más espectaculares son las de la mina de cobre El Boleo en Baja California (París, 1885, capital de 12.5 millones de francos), y Dos Estrellas (20 millones invertidos) en Michoacán. Posiblemente una consecuencia inesperada de la expedición francesa haya sido que las inversiones mostraran

⁹ Pierre Arnaud, *L'emigration et le commerce français du Mexique*, París, Université de Paris/L. Boyer, Imprimeur, 1902, p. 63.

¹⁰ Jean Meyer, “Los franceses en México en el siglo XIX”, en *Relaciones*, vol. 2, núm. 16, 1980.

menos inclinación que en otras partes por los fondos del Estado: durante mucho tiempo fue imposible colocarlos en Francia a causa del obstáculo del empréstito de Maximiliano. Fue preciso aguardar a que los bancos que participaron reembolsaran por su cuenta a los portadores perjudicados, es decir, hasta principios del siglo XX.

La banca. La entrada de la banca francesa en el sector bancario mexicano es bien conocida: en 1881, Edouard Noetzelin, presidente del Banco Franco-Egipcio, obtiene una concesión bancaria y crea el Banco Nacional Mexicano, rápidamente transformado en Banco Nacional de México, por fusión con el Mercantil, Agrícola e Hipotecario. Los fondos eran franceses (de Europa), mexicanos, españoles y franceses (de la colonia residente). En 1910, 70 por ciento de los 20 millones de pesos de capital era propiedad de franceses. El Banco de Londres y México (1889) se encuentra en 1902 con cinco miembros del consejo (de doce) que son los directores de las principales firmas comerciales francesas en México. Los franceses controlan entonces 46 por ciento de sus 21.5 millones de pesos de capital. El Banco Central Mexicano (1899), después de varios incrementos de capital en los que desempeña un papel importante la Unión Parisiense, es francés en 60 por ciento (18 de 30 millones de pesos). Si se añaden las participaciones en bancos regionales e hipotecarios, se llega a los resultados siguientes:

Cuadro I
Situación de la banca a finales del siglo XIX

Grandes bancos de la capital	50 750 000
Bancos estatales	8 310 000
Hipotecarias e inmobiliarias	34 850 000
Sociedades financieras	600 000
TOTAL	94 510 000
Acciones dispersas valuadas en	5 484 000
GRAN TOTAL	99 994 000*

*Esta cifra no toma en cuenta la cuota de los títulos nominales (cuota media de 1910-1911), es decir 235 millones de pesos. Fuente: Daniel Cosío Villegas (coord.), *Historia moderna de México*, vol. VII, *El Porfiriato. Vida económica, 1953- 1973*, México, Hermes, 1985, p. 1061, cuadro XVI.

Las inversiones bancarias de Estados Unidos siguen muy detrás con 34 millones; Inglaterra con diecisiete, Alemania con doce. Francia ocupa de este modo el primer rango con 60 por ciento de los capitales, y si bien el papel de la metrópoli es importante, el de los franco-mexicanos no lo es menos: la extensión de sus empresas comerciales e industriales los ha llevado a los negocios bancarios, a donde no temen llevar sus fondos disponibles. El círculo se cierra cuando unos capitalistas franceses y suizos fundan en 1900 la Sociedad Financiera para la Industria de México (en la que se encuentra Noetzelin), con un capital inicial de cinco millones de francos.

Balance de las inversiones. El embajador de Francia responde al Quai d'Orsay en 1902 que los franceses han invertido 300 millones de francos (115 millones de pesos), si se excluye la deuda pública y el ferrocarril. Esta estimación baja (disminuye todavía la de Neymarck en 1909) es corregida por la de Auguste Genin, representante de los francomexicanos, en *L'Economiste Européen* (en 1910 y 1914), y d'Alexis Caille (1913). Genin señala 625 millones de francos (250 millones de pesos) como capital invertido en las explotaciones agrícolas, comerciales e industriales *enteramente* francesas. *L'Economiste* hace referencia a un total (deuda, banca, ferrocarril, servicios públicos, minas, industria, comercio, petróleo, etc.) de 2 401 millones de francos (964 millones de pesos).¹¹

En México, la afluencia de capitales se ve estimulada, aparentemente, por la reforma monetaria (abandono de hecho del bimetalismo, adhesión al oro, estabilización del peso). Mientras que los fondos públicos constituyen en 1912 el 70 por ciento de la fortuna francesa en el extranjero, no constituyen más que 28 por ciento del portafolio francés en México, pero los franceses controlan 66 por ciento de la deuda

¹¹ Auguste Genin, *Les français au Mexique du XVI siècle à nos jours*, París, Nouvelles éditions ARGO, 1933; Alexis Caille, *La question mexicaine et les intérêts français*, París, Le Neveau Monde, 1913.

pública. La alta rentabilidad de la industria mexicana y el lugar que en ella ocupan los “Barcelos” explican la diferencia.

La cultura

La agresión contra México no aminoró la influencia de la cultura, aunque provocó por un tiempo un fuerte resentimiento anti-francés, en especial en la pequeña burguesía nacionalista y republicana. Pero la invasión acentuó la influencia de la cultura francesa; la gran mayoría de los miembros de la clase acomodada mexicana era partidaria del emperador Maximiliano, una clase profundamente afrancesada que imitaba modas y costumbres, hablaba y escribía francés.

En 1880, Porfirio Díaz, presidente de México, escribió a Jules Grévy, presidente de la República Francesa:

Animado por los mismos deseos que la República Francesa por retomar los lazos de amistad entre los Estados Unidos de México y esta república, he tomado la resolución, con la aprobación del Senado, de acreditar ante el gobierno de Vuestra Excelencia, un enviado extraordinario y ministro plenipotenciario, para que favorezca, llegado el momento, las relaciones amistosas y comerciales de nuestros dos países, manteniéndolas y estrechándolas.¹²

Así fue. Ignacio Altamirano, que había luchado contra la intervención francesa fue nombrado cónsul general en París en 1890. ¡Todo un símbolo político y cultural!, confirmando el lugar importante que México otorgaba a Francia en el concierto internacional. México celebraba cada año la fiesta nacional francesa del 14 de julio, y el centenario de la Revolución francesa fue abundantemente reportado en la prensa mexicana.

¹² *La Casa de México en París*, México, SRE/SEP, 2003.

Por su lado, los franceses comenzaban a ver a México no sólo como un país en donde invertir, sino que se mostraban atraídos por su cultura, especialmente por el México prehispánico. Varias misiones arqueológicas francesas en la época de Napoleón III habían realizado investigaciones en el país, formando a jóvenes mexicanos como Leopoldo Batres, arqueólogo oficial del Porfiriato. Este interés se acrecentó con los años. El arquitecto Antonio Rivas Mercado, formado en Lyon, como director de la Academia de San Carlos, encabezó el afrancesamiento de la arquitectura mexicana del periodo. Emile Bernard y Paul Dubois construyen grandes palacios civiles y mansiones privadas en el mejor estilo de la Tercera República y formarán a toda una generación de arquitectos y decoradores. La poesía mexicana del periodo modernista, de Manuel Gutiérrez Nájera a José Juan Tablada, estuvo relacionada con la gran poesía simbolista y “decadente” francesa sin perder su originalidad. Las artes editoriales y plásticas, ostentosamente “afrancesadas”, marcaron el estilo porfiriano.

Fernández Leal, Fidencio Nava, Julio Ruelas, Alfredo Ramos Martínez, Gonzalo Argüelles Bringas, Rafael Ponce de León, Roberto Montenegro, Jesús Contreras, la lista podría ser larga, hasta incluir al joven becario Diego Rivera.

Si en el ámbito político es perceptible la influencia del positivismo francés entre los ministros de Díaz, los llamados “científicos”, las élites mexicanas mostraron en esa época un profundo interés por la cultura francesa. Estaban atentas a las reformas educativas que la Segunda República de Ferry llevaba a cabo en la enseñanza elemental en Francia. Ésta provocó un amplio debate que dio a conocer Justo Sierra desde principios de los años 1880, durante la discusión del reglamento correspondiente al artículo Tercero constitucional. Sierra fue el gran promotor de la divulgación de las ideas que se generaban en Francia en materia educativa, como lo muestran las numerosas referencias en su obra escrita sobre la educación

nacional. Francia aportaba las tesis y las antítesis: si los positivistas mexicanos estudiaban a Comte, sus adversarios ideológicos estudiaban a Bergson.

En el terreno de la cultura, más particularmente en el campo de la formación de recursos humanos, la Legación atiende al creciente número de *pensionados* mexicanos, como se llamaba a los becarios, mientras que el secretario de Educación Pública, Justo Sierra, informaba al ministro Mier sobre el nombramiento de la señora Juana G. de Fernández, para ocuparse de esa tarea: “para que relacione a los becarios con el mundo intelectual de Francia, organice exposiciones de sus obras y envíe informes de los avances en materia de educación y del arte en Francia, además de contratar profesores e intelectuales para que den conferencias e impartan cursos en México”.

Durante ese fin del siglo XIX, los jóvenes hispanoamericanos y mexicanos se inscribían particularmente en las facultades de medicina, preferencia que se prolongaría hasta la primera mitad del siglo XX; les seguían los estudiantes de derecho. Las artes plásticas eran otro de los campos preferidos y favorecidos por el Estado mexicano y así un sistema de becas comenzó a desarrollarse. Artistas seleccionados por el gobierno fueron enviados a París y a Roma; de ahí regresarían para responder a las aspiraciones de la naciente burguesía, pero también para servir al arte oficial.

El año de 1910 marcó la culminación de la influencia francesa en nuestro país. En resumen, en vísperas de la Revolución mexicana, las relaciones culturales con Francia más que estrechas, son obligatorias. Esto se manifestaba de muchas maneras: en los estilos generales de la vida (desde las fiestas hasta la comida), en la elegancia de las tiendas (la Pastelería Genin) y comercios franceses (El Palacio de Hierro o la Sombrerería Tardán), en los clubes privados (el Jockey Club) y restaurantes (el Chat Noir

o el Sylvain). Pero también en la atención crítica a la producción literaria y filosófica francesa que era rápidamente traducida y analizada en las revistas y diarios del periodo (desde la *Revista Moderna* hasta *El Mundo Ilustrado*); o en la nutrida actividad teatral, dominada por los autores franceses, cuyos melodramas encienden la vida nocturna de la ciudad elegante.¹³

II. 1910-2010

En este segundo siglo, la historia global es determinante en un mundo sometido a un cambio acelerado, caracterizado por una creciente internacionalización. Pero Francia y México no estaban solos; los Estados Unidos, Alemania, Gran Bretaña, la URSS, Japón, Italia y la España de la Guerra Civil conformaban un nuevo escenario estratégico en movimiento continuo. A partir de 1914, la política exterior francesa hacia México perdió importancia, no se puede hablar de una erosión de sus posiciones en México, ya que, de hecho, se trata de un derrumbe repentino provocado por la catástrofe de la Primera Guerra Mundial.

Hasta 1914, Francia se comportó como la gran potencia que quería y creía ser. En el siglo XIX, de todas las potencias internacionales fue la única que tuvo la pretensión de cambiar el nombre y hasta el modo de andar de México. Ni los Estados Unidos anexionistas se habrían atrevido a tanto. Entre 1880 y 1910 Francia había logrado una impresionante penetración económica y cultural. El contraste, por lo tanto, entre el siglo XIX y el XX es mayúsculo. Como lo apunta Friedrich Katz:

Entre las grandes potencias en México, Francia fue la que optó por jugar un papel secundario. En la década de 1860 Francia había intentado una penetración unilateral y uniintencionada en México, pero durante la Revolución mexicana fue la única

¹³ *Ibidem*, pp. 42, 45.

de las grandes potencias que nunca intentó aplicar una política independiente respecto a México. Fue también la única cuya política nunca tuvo un impacto importante en este país.¹⁴

En cuanto a los gobiernos revolucionarios, desde Carranza hasta Cárdenas, no tuvieron nunca la opción política de buscar un acercamiento a las potencias europeas como contrapeso frente a los Estados Unidos, opción que buscó el gobierno de Porfirio Díaz. La Primera Guerra Mundial dividió a Europa en dos bloques, el de los imperios centrales y el de los aliados, y significó la alianza de los segundos con los Estados Unidos. Por ello, a México no le quedaba más opción que olvidarse del contrapeso europeo o buscar una alianza suicida con Alemania, tentación que Carranza lúcidamente supo rechazar, con todo y la germanofilia de varios de sus generales. Y si bien el presidente Calles intentó al principio de su mandato buscar apoyos europeos, inclusive soviéticos; si el presidente Cárdenas, a la hora del conflicto con las compañías petroleras anglosajonas logró importantes acuerdos comerciales con la Alemania nazi, ambos movimientos fueron muy pronto suspendidos frente a la dura realidad geopolítica. Después del suicidio de Europa en la Primera Guerra Mundial, México se encontraba solo frente a los Estados Unidos. Cuando rompe con las potencias del Eje en diciembre de 1941 luego del ataque japonés a Pearl Harbor, y posteriormente en 1942 cuando les declara la guerra, no hace sino reconocer una situación claramente percibida en 1913-1914 por los responsables de la diplomacia francesa.

Francia y la Revolución mexicana

Los franceses, al igual que los otros extranjeros, no vieron venir la Revolución y fueron sorprendidos por la rápida caída de don Porfirio. El hé-

¹⁴ Friedrich Katz, *La guerra secreta en México*, 3ª ed., México, Era, 1983, t. II.

roe del 2 de abril escogió, lógicamente, París para terminar su vida, sin que eso afectara las relaciones con el presidente Madero. Pero la colonia francesa, así como el representante francés Paul Lefaivre, no sólo no entendieron la novedad de los tiempos, sino que manifestaron su animadversión hacia un régimen que consideraban “incapaz de restablecer el orden”. Por eso saludaron con alegría el cuartelazo del general Huerta y consiguieron de París un reconocimiento *de facto* a su gobierno, así como el otorgamiento de un empréstito por parte de los banqueros franceses, el cual, sin embargo, fue rápidamente bloqueado por el gobierno francés.¹⁵

La guerra de los Balcanes, que estalló en el verano de 1913, empezó a preocupar al gobierno francés justo cuando la política de Wilson frente a Huerta se endurecía. A diferencia de las otras potencias europeas, Francia se hizo progresivamente a un lado, y se acercó a los Estados Unidos para prepararse para lo esencial, el conflicto que se perfilaba en Europa. Así como en 1866 la victoria de Prusia en Sadowa obligó a Napoleón III a retirarse de México, la ofensiva alemana de 1914 obligó a la República Francesa a desistir de toda política exterior independiente de los Estados Unidos en México. En 1913 desapareció la divergencia entre la diplomacia francesa y la inglesa. En ese mismo año se abrió también una zanja entre el análisis geoestratégico de París, o mejor dicho de J. J. Jusserand¹⁶ y la conducta de los franceses en México (la colonia francesa y la sede diplomática), que apoyaron hasta el final al general Huerta. Paul Lefaivre, el encargado de la embajada, antimaderista desde el primer momento, fue el Henry Lane Wilson francés y resultó un estorbo tal para la política exterior francesa, definida por la primacía absoluta de sus buenas relaciones con Washington, que hubo finalmente que quitarlo de su puesto.

La dependencia de Francia frente a los Estados Unidos, en el marco de la guerra mundial,

¹⁵ Pierra Py, *Francia y la Revolución mexicana. 1910-1920*, México, FCE, 1991, pp. 96-107.

¹⁶ Jean Jules Jusserand, notable embajador de Francia en Washington durante más de 20 años a partir de 1903.

puso en evidencia su estatuto de potencia mediana, hecho que no había querido reconocer nunca desde 1815, con la derrota final de Napoleón. La aceptación de esta realidad explica el nuevo realismo de la diplomacia francesa frente a la Revolución mexicana, realismo que se traduce en la inacción y la desaparición de Francia del escenario. ¿Qué mejor prueba de eso, que ver al gobierno francés confiar la protección de sus nacionales y de sus intereses a los Estados Unidos en agosto de 1914? La presencia de Alemania se sostuvo hasta 1918, pero desapareció al enfrentarse a los aliados primero y a los Estados Unidos después. Todos los intentos ingleses por oponerse a la dura razón geopolítica entre 1914 y 1940 fracasaron. México y la Revolución se quedaron solos frente a los Estados Unidos, único triunfador de la guerra mundial, de la que emergió con el estatuto nuevo de superpotencia.

La Revolución no afectó la pauta tradicional de la migración francesa a México. El partea-guas fue otra vez agosto de 1914. En Francia todos los hombres, jóvenes y no tan jóvenes, fueron a la guerra a formar *le grand troupeau* destinado al matadero. Muchos murieron. En el caso de los *Barcelonette*, los pocos que volvieron tuvieron que quedarse en el Valle, y desde aquel entonces se puede decir que la corriente migratoria se detuvo. Muchos voluntarios salieron de la colonia francesa de México para los campos de batalla. Según mis datos, de los 4125 franceses oficialmente registrados en el consulado de Francia en México, 1304 fueron a la guerra, y de ellos 315 murieron.

Culturalmente, Francia también perdió su posición hegemónica, lo cual no puede atribuirse a la Revolución mexicana, con todo y su nacionalismo, o a la influencia de los estadounidenses. Eso se debió, más bien, a la guerra mundial que rompió con la continuidad y destruyó la influencia de la cultura europea. Luego de la disminución de la presencia económica francesa en 1914, se anticipaba ya la erosión, más lenta, de la influencia cultural. Es cierto que hasta 1940-1945 el idioma francés figuró en el programa de la SEP, y que el fundador de la famosa escuela mexicana de cardiología, el doctor Ignacio

Chávez, era todavía un representante de la influencia francesa en el campo de la medicina; pero éstos son ejemplos de resistencia, no de dinámica. En materia cultural, los Estados Unidos estaban progresando, y José Vasconcelos podía notar con orgullo que los *whiskies* y *bourbons* eliminaban a los vinos y al coñac.¹⁷

Después de la Primera Guerra, a diferencia de Inglaterra, Francia no intentó abrir un combate, que sabía sería de retaguardia, contra los gobiernos revolucionarios. Su personal diplomático se contentó con observar, con más o menos inteligencia, según el personal en turno, los acontecimientos en México. Ahí, sí, es notable el contraste con el Reino Unido, que no dudó en romper dos veces las relaciones diplomáticas con México. Ese realismo francés es muy diferente de las ilusiones pos napoleónicas nutridas entre 1821 y 1866.

1910-1914

La Revolución fue una sorpresa desagradable tanto para la colonia como para la embajada francesa. Pocos intentaron descifrar lo que les resultaba un enigma. En 1910 Europa le disputaba aún América Latina a los Estados Unidos, y la suma de los intereses económicos europeos en México rebasaba las inversiones estadounidenses. México había buscado un contrapeso a los Estados Unidos en Europa, y bien hubiera podido persistir en esa línea. En esa breve etapa, la actitud francesa podía caracterizarse como neocolonial.

Cuando los franceses vieron con asombro que el ejército federal no podía acabar con los maderistas, calificados de “sediciosos”, empezaron a denunciar la “pasividad” y luego la “complicidad” de los Estados Unidos. En febrero de 1911, por primera vez, se preguntaron de qué manera podían defender sus intereses si don Porfirio lle-

¹⁷ José Vasconcelos, como secretario de Educación, fue señalado en París por la delegación francesa como un nacionalista enemigo de la influencia francesa; Jean Meyer, “Vasconcelos y Francia”, en *Relaciones*, otoño de 1997.

gaba a perder. En marzo mandaron un buque de guerra, el *Condé*, al puerto de Veracruz, lo que provocó reacciones agresivas en los Estados Unidos: *French intervention again*. Sin embargo, en abril de 1911 los cónsules usaron por primera vez la palabra “revolución”. En ese mismo año, una delegación maderista visitó al embajador Jusserand, un diplomático de primera, en Washington. Jusserand, quien tuvo un papel decisivo en la definición de la política exterior francesa entre 1905 y 1918, calificó la victoria maderista de manera muy positiva, a diferencia del personal encargado de la embajada francesa en México. Jusserand hizo suyo el análisis del barón De Vaux, quien estuvo encargado brevemente de la delegación francesa en México: la Revolución mexicana es “[...] la única de todas las revoluciones latinoamericanas hecha en nombre de las reivindicaciones legítimas. Sus ideales son más fuertes que las ambiciones personales y parece concluir con el triunfo de los civiles sobre los militares”.¹⁸

A pesar de que el 18 de diciembre de 1911 los empresarios franceses ofrecieron un banquete al presidente Madero, tanto ellos como el embajador Lefaiivre consideraban al presidente como “un peligroso socialista”. La colonia francesa no tardó en volverse antirrevolucionaria y furiosamente reaccionaria. Eso influyó mucho en el personal diplomático de la embajada, pero no en el punto de vista del gobierno francés, inteligentemente aleccionado desde Washington por Jusserand, quien tenía una perspectiva mundial. Víctimas del “síndrome de Pekín” (la rebelión de los bóxers y el famoso sitio de las embajadas), los franceses de México lograron la presencia del buque de guerra *Descartes* en Veracruz a partir de abril de 1912. Pero cuando, en ese mismo mes, el 15° Batallón dejó Orizaba para ir en campaña contra Pascual Orozco, el pánico cundió: “¡Acuérdense de Río Blanco!”. El embajador Lefaiivre manifestó a partir de este momento un desprecio total por Madero, sólo igualado por su

¹⁸ MAE, De Vaux, informe núm. 52, México, 7 de junio de 1911.

gran rival, el embajador estadounidense Henry Lane Wilson.

Lefaiivre fue, lógicamente, partidario del general Huerta. No encontré pruebas de ganancias personales, pero durante su gobierno se hizo el gran negocio entre el general Mondragón, posteriormente refugiado en Francia, y la industria militar francesa. Afortunadamente (palabra condenada por la objetividad requerida del historiador), Jusserand se dio cuenta del error que era tratar con Huerta, y convenció al gobierno francés de que Francia no podía comprometerse con él porque las relaciones con los Estados Unidos tenían la prioridad. Sin embargo, los consejos de prudencia del Ministerio de Asuntos Exteriores francés no fueron escuchados por los bancos franceses (y alemanes), que otorgaron un préstamo a México en 1913. El gobierno de Francia le llamó la atención a Lefaiivre y le recomendó calmar a la colonia francesa.

Entre abril y mayo de 1913, una delegación de revolucionarios, entre los cuales se encontraban Juan Sánchez Azcona y José Vasconcelos, tuvo un encuentro positivo con el gobierno francés en París. El resultado fue la no aprobación del empréstito de Huerta en la bolsa de París. Para octubre de 1913, Francia se había desligado totalmente del gobierno huertista y se había alineado a las posiciones estadounidenses.

Francia desaparece del escenario mexicano

“Las necesidades de nuestra defensa en Europa [...] pasan [por] encima de todas las otras consideraciones”.¹⁹ El 10 de octubre de 1913, Huerta disolvió el Congreso para preparar su “elección” del día 26. El 24 de octubre, el Departamento de Estado de los Estados Unidos redactó una nota para los países europeos con la solicitud expresa de no reconocer a Huerta. Cuatro días más tarde, en su contestación al embajador estadounidense en París, Francia la aceptó implícitamente. En noviembre, Paul Lefaiivre, desde México, hizo todo para lograr el

¹⁹ Instrucciones de París, 28 de julio de 1915.

reconocimiento de Huerta, y Jusserand desde Washington, para evitarlo.

El 1 de agosto, al principio de la guerra de Europa, los buques de guerra franceses, *Condé* y *Descartes*, abandonaron las costas mexicanas para zarpar hacia el Atlántico norte. En esos días, al tiempo que se inauguraba el Canal de Panamá, símbolo de la victoria de los Estados Unidos sobre Europa, Francia, que había empezado la construcción de dicho canal, le confiaba a Washington la protección de “la vida y las propiedades de nuestros compatriotas en México”. Con eso todo estaba dicho.

El 19 de octubre de 1915, Washington reconoció *de facto* a Carranza. El 21 de ese mismo mes, el gobierno francés le avisó al molestísimo Lefaiivre que haría lo mismo. Como Lefaiivre posponía la medida, el gobierno francés lo mandó llamar. El exembajador, sin embargo, no dejaría de intrigar contra el gobierno mexicano junto con De la Barra y Limantour desde Francia. La colonia francesa y el personal diplomático local tampoco cambiaron de actitud y se aferraron a su antiamericanismo reaccionario, sin entender nada ni de la Revolución ni del nacionalismo mexicano.

Los británicos no eran diferentes, pero los dos países adoptaron líneas diplomáticas divergentes. Francia, en relación con el gobierno mexicano, se limitó a vigilar sus intereses económicos y las intrigas alemanas, especialmente con el *telegrama Zimmerman*. Nunca volvió a adoptar una línea antiestadounidense. La principal preocupación de los inversionistas franceses era recuperar los préstamos hechos a México en tiempos de Díaz. Pensaban que la prioridad era la consolidación de un gobierno estable en México, y que la hegemonía de los Estados Unidos era la mejor manera de lograrlo.

Poco a poco, la colonia francesa en México tuvo también que cambiar y aceptar la realidad, tal como la pintaba el encargado de negocios Victor Ayguesparsse, quien el 23 de febrero de 1920 escribió a París: “Uno no debe olvidar que estamos en un país lleno de talentos, de recursos y de futuro, en el cual veo [a] los ameri-

canos y [a] los ingleses expandir su influencia en nuestro detrimento”.²⁰

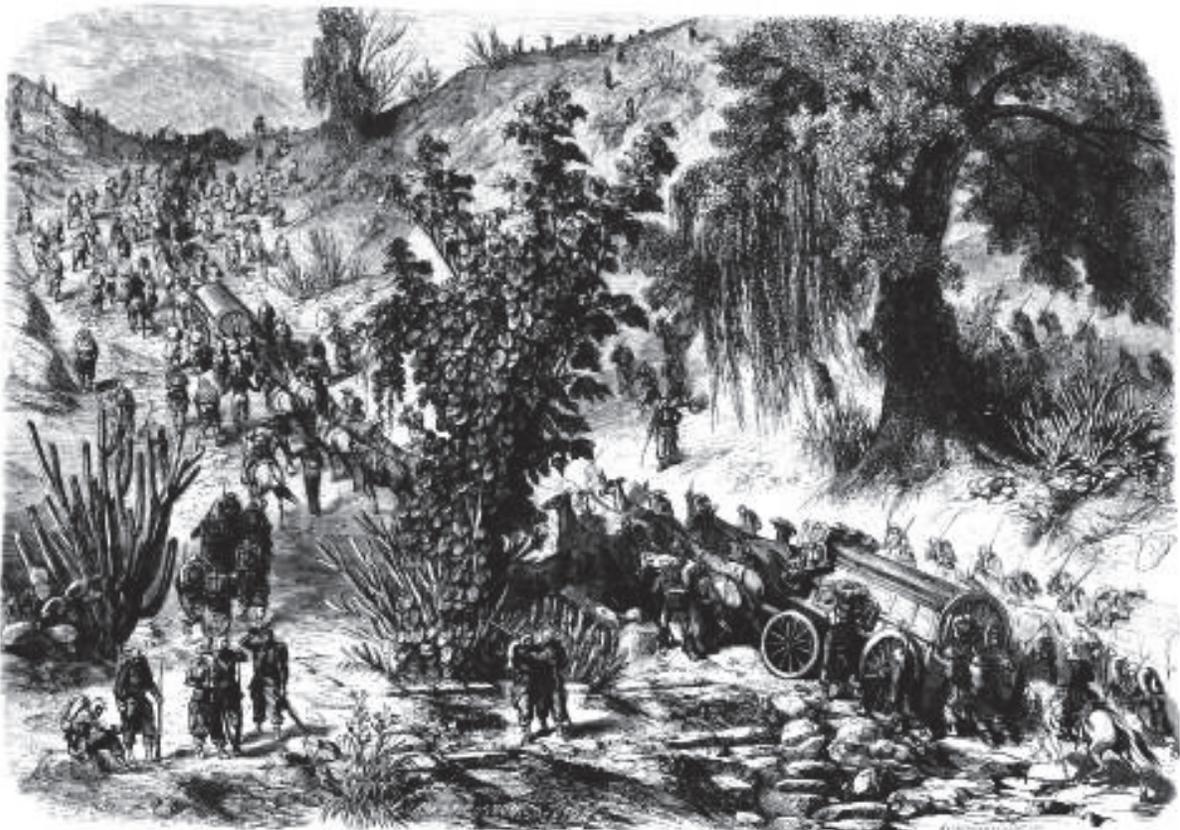
Los representantes de Francia en México adoptaron entonces la posición lógica de mediadores entre los franceses residentes en México y el gobierno francés, y entre los franceses y el gobierno mexicano. En un telegrama de Washington, recibido en París el 11 de julio de 1919, Jusserand insistía en que, de acuerdo con el secretario del Departamento de Estado de los Estados Unidos, Francia y las naciones europeas en general, estarían bien aconsejadas al seguir la política estadounidense en México, precisamente cuando Carranza rechazaba la Doctrina Monroe...

La nueva línea

En la década de 1920, los años de la “reconstrucción”, particularmente entre 1920 y 1926, se puede hablar de un *boom* económico en los sectores industrial y minero, lo cual benefició a la colonia francesa en México. Por lo tanto, su oposición al gobierno bajó en forma proporcional y se volvió, de hecho, gobiernista cuando encontró en el presidente Calles a “un nuevo Porfirio Díaz”, según el embajador Périer, excelente observador y decano del cuerpo diplomático.

Sin embargo, no todos fueron tan lúcidos y exitosos en sus predicciones. En abril de 1920 el encargado de la delegación francesa llegó a considerar que Obregón estaba rodeado de los peores elementos militares y que su insurrección era un movimiento limitado; asimismo, pensaba que Bonilla ganaría las elecciones presidenciales: “Con Bonilla a la cabeza del gobierno, habrá menos radicalismo y menos mala voluntad hacia las naciones extranjeras”. El 12 de mayo de 1920, quince días después, Ayguesparsse rectificaba: “¿No aseguró [Obregón] que tomaría personalmente bajo su protección [a] los ciudadanos y [a] los intereses franceses?”. No sería justo burlarse, tanto como no sería correcto repro-

²⁰ MAE, Victor Ayguesparsse (éste se casó con una mexicana), 23 de febrero de 1920.



LA FAMILIA DE MEXICO. — ESCENA DE TRAFICO EN EL VALLE DE LA VERDE (VALLE DE MEXICO). — Comercio de bienes entre las tribus indígenas. — Vista del Valle de Mexico.

charle a Francia su oportunismo. Entre las dos guerras mundiales, Francia no tenía ni el tiempo ni los medios para actuar en México. Ayguesparsse concluía en un informe con las siguientes frases: “prefiero enfrentar a los revolucionarios mexicanos que a los representantes de los *trusts* americanos [...] Diez años de revolución no han arruinado los intereses franceses en este país. Mientras que diez años de ocupación americana arruinarían, o por lo menos atrofiarían completamente nuestros negocios”.²¹

No quedaba, entonces, más opción que no fuese la de seguir los acontecimientos con atención, con el fin de adaptarse mejor a las circunstancias. Por eso fue que Ayguesparsse vio con filosofía caer a Carranza y subir a Obregón. Por eso Lagarde y Périer reconocieron en Calles al gran estadista y presentaron una imagen bastante objetiva tanto de las crisis revolucionarias de 1927 y 1929 como del conflicto religioso. Por primera vez, la colonia francesa le dio la razón al Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia.

El gobierno francés reconoció oficialmente, el 19 de marzo de 1921, antes que Washington, al gobierno de Obregón. En un documento redactado por el ministerio de Asuntos Exteriores, Aristide Briand, éste resumió la posición francesa frente a México:

Nuestra acción debe ser dictada por las inversiones francesas que representan grandes intereses y han sido evaluadas [en] más de dos billones de francos. Uno y medio en ferrocarriles, industrias, minas y bonos del gobierno. 500 millones representan compañías francesas en el comercio y la industria. Para proteger dichos intereses, tuvimos que alinearnos sobre la política de los Estados Unidos, celosos de cualquier intervención en México y capaces tanto de favorecer nuestra acción como de combatirla.

²¹ MAE, 15 de mayo de 1920. En el informe núm. 24, del 15 de junio, decía que el reconocimiento *de facto* era “conveniente para nuestros intereses”.

Los intereses americanos en México son diferentes de los nuestros, sin serles contrarios [...] La política francesa ha sido más flexible [que la estadounidense], en la medida de lo posible, sin chocar con la política de los Estados Unidos. Varias razones explican tal actitud: Una necesidad. No podemos adoptar el tono amenazador usado en vano durante diez años por los Estados Unidos en México. Una preferencia: la experiencia nos enseñó que en las revoluciones de América del Sur (*sic*), es mejor negociar y lograr un compromiso con los nuevos amos del poder que quedarse en la reserva.²²

En 1923 llegó Jean Périer en calidad de embajador. La excelencia de sus cualidades sociales y diplomáticas, su gran lucidez, así como la de su colaborador Ernest Lagarde, le permitieron desarrollar excelentes relaciones con el gobierno mexicano, con el presidente Calles, con su adversario, el general Arnulfo Gómez, con el ministro Tejeda, con los obispos, así como con la colonia francesa. Sus informes han sido muy valiosos para los historiadores, pero manifiestan claramente que la posición francesa no podía variar. Él mismo, incluso, manifestó que *wait and see* era lo único que se podía hacer.

El conflicto religioso en México y el papel de Francia en él nos muestran el paradigma de la situación: con todo y la gran actividad desarrollada por los diplomáticos franceses, Francia no fue más que un testigo —aunque sus informaciones hayan sido muy útiles para el gobierno mexicano, el Vaticano y el embajador estadounidense, Dwight Morrow—; un testigo capaz de mantener contactos valiosos con todas las partes, pero incapaz de influir en la política mexicana. El famoso “informe Lagarde”, tan importante para Morrow y el Vaticano, antes de serlo para los historiadores, es un ejemplo perfecto de un buen análisis y de la imposibilidad para los franceses de actuar. Los “arreglos” no fueron obra de Périer, Claudel o Briand.

²² MAE, 22 de octubre de 1921.

Los católicos franceses acababan de movilizarse y de vencer la ofensiva anticlerical de Edouard Herriot y del partido radical-socialista. Si bien las provincias muy cristianas de la periferia (Bretaña, Poitou, Vendée, Savoya, Alsacia) reaccionaron con pasión y se manifestaron contra la política anticlerical del presidente Calles, el gobierno francés no se movió. Había hecho suya, mucho antes de que la formulara, la caracterización de Marco Appellius: “el presidente Calles no es ningún bolchevique, es un Edouard Herriot, en las botas de un general mexicano”.²³

Como lo hicieron y lo volverían a hacer, los diplomáticos franceses intervinieron en el conflicto religioso únicamente para defender la presencia cultural francesa, es decir, las escuelas privadas —católicas, por supuesto—, con maestros y maestras franceses —hermanos de las escuelas cristianas y monjas—. Así lo había hecho desde 1913 y el gobierno mexicano no se había molestado. Según un informe del 20 de febrero de 1926, 200 maestros y maestras franceses, religiosos, enseñaban a ocho mil alumnos. Con el fin de conservar la influencia intelectual francesa, cuyo destino estaba íntimamente ligado al destino de las instituciones religiosas, la embajada de Francia en México ordenó a sus connacionales obedecer la nueva legislación, llamada Ley Calles. De esa manera consiguió la autorización de enseñar para los hermanos maristas. Más prudente no se podía ser.

Francia tomó en cuenta la disminución de su peso específico en el mundo. Desde 1918 hasta después de la Segunda Guerra Mundial, los agregados militares, navales y aeronáuticos de Francia para México residieron todos en Washington. El único que se quedó en México fue el agregado comercial. Si uno piensa que la Banca Morgan controlaba la Comisión Internacional de Banqueros, encargada de resolver la cuestión de la indemnización de los intereses extranjeros afectados por la Revolución, uno no

²³ Marco Appellius, *El Águila de Chapultepec*, Barcelona, Ed. Maucci, 1928, p. 286 (periodista fascista italiano; Herriot, primer ministro francés, anticlerical, de los años 20).

puede sino concluir que Francia había desaparecido de México.

En 1939 Francia representaba 3 por ciento de las importaciones mexicanas, los Estados Unidos 26 por ciento y Alemania 16 por ciento. Para 1938, los intercambios comerciales alcanzaban apenas, en francos constantes, el nivel de 1914, muy inferior al de 1910. Económicamente empobrecida, la colonia francesa se había ido diezmando demográficamente. A México no llegaba ya ni el capital francés ni el flujo migratorio tradicional. Por eso, en 1938 el gobierno francés suprimió dos de sus tres circunscripciones consulares en México.

1930-1942

En la década de 1930 no hubo novedades. El gobierno francés, a lo largo del Maximato y durante los seis años de la presidencia de Lázaro Cárdenas, que coincidieron con un gobierno del Frente Popular en Francia, se preocupó cada vez más por los asuntos europeos y la evolución progresiva de los peligros en Europa, como el rearme de la Alemania nazi y la crisis socioeconómica. Con México mantuvo la línea definida en 1913: evitar en forma sistemática todo lo que pudiera parecerse a intervencionismo, conservar las posiciones francesas y vigilar a los alemanes.

Sin embargo, hubo un asunto que preocupó a ambos países: el destino de la República española y, después de la tragedia, la emigración desde Francia hacia México de varios miles de españoles, quienes en su mayoría se encontraban internados en los siniestros campos de concentración franceses de Argeles, Rivesaltes, Le Vernet... la actividad de Narciso Bassols y de los consulados mexicanos en París y Marsella es conocida de sobra.

A diferencia del periodo anterior, no he trabajado personalmente los archivos del periodo que comienza en 1940. Pero he tenido la oportunidad de leer los periódicos publicados por la colonia francesa y disponemos del libro muy interesante de Denis Rolland: *Vichy et la France*

*Libre au Mexique: guerre, cultura et propagande pendant la deuxième guerre mondiale.*²⁴

De nuevo nos encontramos en el contexto de una guerra mundial, pero ahora México se encuentra con dos Francias. En 1942 México se decide a favor de la Francia del general De Gaulle, y en contra del gobierno proalemán del mariscal Pétain en Vichy. Rolland explica la triple evolución paralela del gobierno mexicano, de la opinión pública mexicana y de la colonia francesa en México. En otras palabras, ya no se trataba de relaciones bilaterales exclusivamente, sino trilaterales, en las cuales la cultura, política y estrategia se entrelazaban en una guerra mundial entre la democracia y el totalitarismo. La propaganda francesa, a favor de la Francia Libre, fue bien recibida en México, recientemente revolucionario, ya que este último insistía en su afiliación a la revolución de 1789, la Declaración de los derechos del hombre y la democracia.

Sin la Segunda Guerra Mundial, durante esos años se hubiera dado un lento pero constante alejamiento entre México y Francia. Francia había perdido, 25 o 30 años antes, toda posibilidad de tener una política exterior independiente en México, y durante la guerra estaba subordinada, como nunca, a sus alianzas anglosajonas. La retirada de las democracias europeas en la Guerra Civil de España decepcionó a Cárdenas, quien utilizó este hecho para justificar el trueque petrolero con Alemania e Italia. Sin embargo, tan pronto como comenzó la guerra, Francia redescubrió a México. Aquí construyó, contra el III Reich, una especie de OSS y de servicio de propaganda bastante eficientes bajo la dirección de un joven antropólogo y agregado militar: Jacques Soustelle. Francia se esforzó por mediar entre Inglaterra y México en la cuestión del petróleo y aceleró la solución al problema de los refugiados españoles.

La derrota en junio de 1940 y la capitulación del mariscal Pétain aceleraron el cambio. De Gaulle ordenó a Soustelle, quien quería alcanzarlo en Londres, seguir en México para organizar

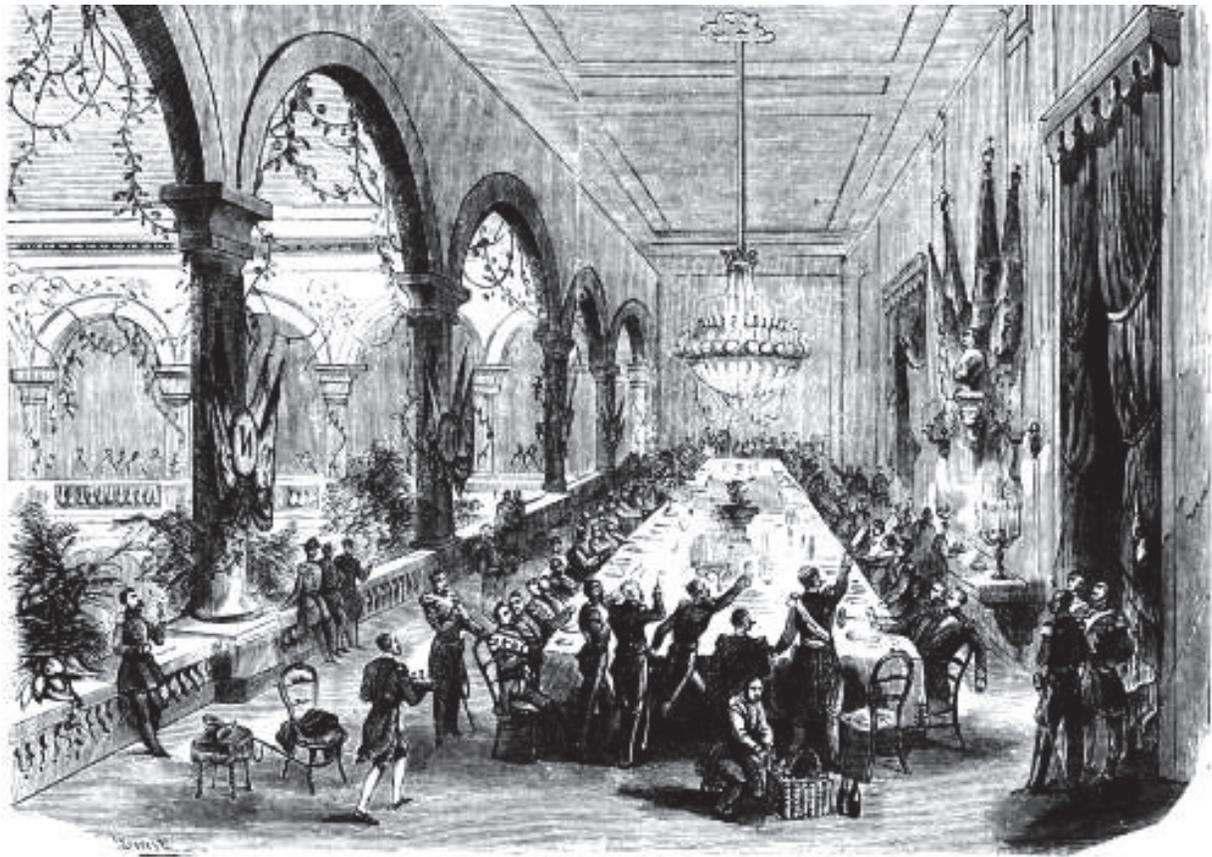
desde ese país apoyo a la Francia libre. La colonia francesa y los intelectuales de izquierda mexicanos lo apoyaron en seguida. El hecho de que Albert Bodart, embajador francés (del gobierno de Vichy) fuera anglófilo y apoyara al general De Gaulle, como la mayoría de los franceses residentes en México, también contribuyó. En julio de 1940, el periódico francés publicado en México celebró la posición del general De Gaulle.

El surgimiento y el triunfo del movimiento de la Francia Libre en México es una hermosa historia. ¿Cómo la colonia francesa, tan reaccionaria en 1910-1915, pudo en 1940-1942 optar contra el régimen de Vichy? ¿Cómo consiguió la Francia Libre el apoyo del gobierno mexicano? La francofilia de una buena parte de las elites intelectuales tuvo su papel, pero también existieron factores personales: Jacques Soustelle tuvo un papel decisivo. Antropólogo, hombre de trabajo de campo, entre 1935 y 1939 se había hecho amigo de todos los antropólogos mexicanos y también de la clase política cardenista: era un buen conocedor del país y sabía como llegar a la opinión pública. En 1939, cuando empezó la guerra, fue movilizadado como teniente y agregado militar en la embajada francesa. En 1940 reconoció inmediatamente al general De Gaulle en Londres.

La evolución de la actitud mexicana hacia la Francia Libre debe entenderse también en el marco de sus relaciones con los Estados Unidos y de la institucionalización de la Revolución. Entre 1939 y 1940, Cárdenas empezaba a dar el giro que llevaría a México a un retorno hacia una economía más clásica, al acercamiento a los Estados Unidos, y a la entrada a la guerra del lado de los aliados en mayo de 1942. El 2 de noviembre de ese año, México rompió relaciones con el gobierno de Vichy y reconoció al Comité Nacional Francés en México.

Lo que no se ha estudiado, pero que no es menos evidente, es el surgimiento de México como una potencia mediana; si en la Primera Guerra Mundial los aliados y Alemania se peleaban sus simpatías, o por lo menos su neutralidad, en la Segunda Guerra México optó por unirse a los aliados en contra del Eje.

²⁴ París, Harmattan-Sorbonne, 1990.



BANQUET OFFERT AU GÉNÉRAL FOREY PAR L'AYUNTAMIENTO (MUNICIPALITÉ) D'ORIZABA.

En ese sentido se puede hablar de la desaparición de la antigua relación asimétrica entre nuestros países, y por lo tanto cambió también el discurso diplomático ligado a los términos de la relación. Para los franceses, México había dejado de ser un país colonial, y había que elaborar un nuevo tipo de relaciones, mucho más respetuosas, e inventar un discurso que prefiguraba ya los temas del Tercer Mundo, del desarrollo y del diálogo norte-sur. Jacques Soustelle y el general De Gaulle fueron los primeros en articularlo.

Las relaciones culturales franco-mexicanas, moribundas, si no es que muertas en 1939, renacen en seguida sobre las bases del nuevo discurso desarrollado en esa nueva relación política definida por la participación en la guerra. México y Francia habían luchado en el mismo bando por la democracia y la libertad en el mundo. México recibió, y fascinó, a André Breton, Roger Caillois, Benjamim Péret. Alfonso Reyes, Jaime Torres Bodet y Octavio Paz apoyaron esa relación renovada. La Francia Libre tuvo en México una editorial literaria de primera calidad bautizada con el nombre de ave-fénix americano-quetzal.

Para concluir esa parte, cito, a través de Paulette Patout, a Alfonso Reyes a la hora de la liberación de París:

Al hojear el *Diario* de los últimos años de Reyes, buscamos las páginas que prometían versar sobre sus relaciones con Francia y, antes que ninguna otra, la fecha de la liberación de París. Las hojas que preceden a esta fecha dejan ver en don Alfonso un gran desaliento. Y sobre este fondo de tristeza, rompiendo con la escritura apretada de todo el pequeño cuaderno, el 23 de agosto de 1944 vemos aparecer de repente en grandes mayúsculas a todo lo ancho de la página: ¡París Reconquistada! Sigue la mención de una comida en un restaurante francés de México con nombre evocador: La Vie Parisienne. Después, en seguida, don Alfonso anota la preparación de un artículo titulado: “La liberación de París”. “La liberación

de París” estaba destinado a *Cuadernos Americanos* y por tanto al mundo hispánico por lo menos”.²⁵ Era un grito de liberación, el grito de alegría de un escritor que mucho había sufrido por la derrota francesa y por las innumerables pullas y mofas con las que se había abrumado a los franceses en el mundo entero. “La liberación de París” muestra hasta qué punto don Alfonso había compartido el dolor de los franceses. En tres movimientos: “1. Francia para el mundo; 2. Francia para nosotros; 3. Francia eterna”, el autor medita una vez más sobre Francia, sobre el destino francés, sobre lo que este país representaba todavía para cada uno de los franceses y para el propio don Alfonso. Es cierto que se había hablado mucho y Reyes había dicho mucho sobre Francia. Su amor por este país se había convertido en un lugar común. Pero la liberación de París, y llevada a cabo por franceses, no era únicamente un primer paso hacia “la recuperación, primero de Francia y luego de Europa”. Un puñado de patriotas había fundado “en la obscuridad de las nuevas catacumbas” una nueva patria ideal, más universal y más humana, pues ignoraba las diferencias sociales, las opresiones internacionales, las injusticias el fanatismo. El texto de Reyes adquiere en seguida el tono de un alegato a favor de “la presencia de Francia en torno a la mesa de paz”, problema ardientemente discutido. En la organización del mundo que iba a ser llevada a cabo, del genio francés se esperaba esencialmente “la coherencia”, pues Francia poseía un secreto para encontrar un vínculo entre las ambiciones teóricas y las vías prácticas; desempeñaba el papel de un “catalizador indispensable” ¡Existían tantos proyectos y planes para edificar la vida del mañana! Más que otras naciones,

²⁵ Este texto data de 1944 y se publicó en *Cuadernos Americanos*, México, el 9 de octubre del mismo año. Fue incluido en Alfonso Reyes, “Los trabajos y los días”, en *Obras Completas*, México, FCE, 1959, t. IX, p. 415.

Francia tenía el genio del dibujo, y el dibujo francés, “transflorado a modo de calco, puede todavía dar normas de viabilidad y de convivencia”.²⁶

1945-2010

Durante y después de la guerra fría, México y Francia no tuvieron enfrentamientos serios; incluso México manifestó una amistosa indulgencia cuando cada año entre 1955 y 1961 se negó a condenar a Francia (por la guerra de Argelia) en el Comité de Descolonización de las Naciones Unidas. La Cuarta República, atrapada en sus guerras de Indochina y Argelia, así como la precariedad de sus efímeros gobiernos no podía dedicarle mucho tiempo a un México cuya población, en rápido crecimiento, alcanzaba y rebasaba a la de Francia.

Año	Número de habitantes	
	México	Francia
1821	8 000 000	33 000 000
1910	15 000 000	35 000 000
1940	20 000 000	40 000 000
1960	50 000 000	50 000 000
2010	112 000 000	63 000 000

A la Quinta República, nacida violentamente en 1958, le tocó la primera visita de un presidente mexicano, Adolfo López Mateos, en 1963; al año siguiente el presidente De Gaulle llenó el zócalo de la ciudad de México, se ganó a los mexicanos con su famosa frase “los dos pueblos, la manó en la manó” (y su acento francés). Le comentó a López Mateos lo difícil que es gobernar un país que tiene doscientas variedades de queso...o de chile. El general devolvió a México las banderas mexicanas que el mariscal Bazaine había mandado a París cien años antes. Esta restitución dio lugar a asombrosas y masivas escenas de devoción y seguramente contribuyó

²⁶ Paulette Patout, *Alfonso Reyes y Francia*, México, El Colegio de México, 1990, pp. 614-615.

al acercamiento espectacular entre las dos naciones en los años siguientes.

El general había vencido la resistencia del Quai d’Orsay que desde hace muchos años rechazaba la solicitud mexicana; también la del director de Museo del Ejército y de la Secretaría de la Defensa. Las banderas se sacaron de noche, en el mayor secreto, y nadie en Francia se enteró, hasta que el presidente mexicano se arrodillara para besar las banderas, en el aeropuerto Benito Juárez de la ciudad de México.²⁷

Casi todos los presidentes mexicanos, desde Luis Echeverría, visitaron Francia; a México vinieron Valéry Giscard d’Estaing, François Mitterrand (1981), Jacques Chirac (1998) y Nicolas Sarkozy (2009).

Las relaciones entre México y Francia se desarrollaron dentro de un marco muy positivo en el que se observó una creciente cooperación, motivada en gran medida por el nuevo entorno internacional, la transición democrática en México y los esfuerzos comunes para la paz en Centroamérica.

La frecuencia de los contactos de alto nivel, aunada al trabajo de los mecanismos y acuerdos vigentes que constituyen el marco político de la relación bilateral, así como la actividad de las representaciones diplomáticas de ambos países, evidencian el interés permanente y la voluntad de diálogo que anima hoy las relaciones entre los dos gobiernos.

En este contexto, destacan los múltiples encuentros entre los jefes de Estado de ambos países en los últimos diez años, en ocasión de distintos foros internacionales y visitas bilaterales. Así, mientras que el presidente Fox realizó cinco visitas a Francia desde su elección en julio de 2000, el mandatario francés, Jacques Chirac, se desplazó en dos ocasiones a México, durante las Cumbres de Monterrey de financiamiento al desarrollo (marzo de 2002) y de líderes de ALC-UE en Guadalajara (mayo de 2004).

Asimismo, en el marco de la celebración del foro económico Francia-México-Québec Futura-

²⁷ Adolfo López Mateos, *Charles de Gaulle: Alianza ejemplar entre México y Francia*, México, La Justicia, 1964.

lía 2004, el Primer Ministro Jean Pierre Raffarin realizó una visita de trabajo, misma que representó el primer desplazamiento de un jefe de Gobierno francés a México. En este marco, ambos países enfatizaron la convergencia de posiciones en distintos asuntos de la agenda internacional (Irak, Medio Oriente, Haití). En materia de cultura, ambos gobiernos suscribieron una Declaración Conjunta sobre Diversidad Cultural.

Por otro lado, los trabajos de la Comisión Binacional México-Francia han contribuido a la generación de coincidencias entre ambos gobiernos. La primera sesión de la Comisión Binacional se realizó en México el 23 y 24 de mayo de 1996, la segunda en París el 2 y 3 de octubre de 1997 y la tercera en París el 21 y 22 de octubre de 2004. De esta última emanó un documento final titulado “México-Francia: Construyendo una Alianza Estratégica para Enfrentar Retos Comunes”. En esa ocasión los gobiernos de Francia y México aprovecharon para evaluar y dar un nuevo impulso a la relación bilateral, a través de un formato novedoso y abierto en el que participaron funcionarios gubernamentales de ambos países (relaciones exteriores, economía, cultura y educación), legisladores (diputados y senadores) y representantes del ámbito cultural, académico y económico.

Relación económica bilateral

Las relaciones entre México y Francia se han caracterizado por un estancamiento en la mayor parte de las áreas económicas; poco comercio, sobre todo del lado de las exportaciones mexicanas hacia ese país; bajo nivel de inversión francesa en comparación con sus inversiones en países en condiciones similares a las de México; poca cooperación técnica en las áreas científico, tecnológicas y técnicas en sectores donde Francia y las empresas francesas han demostrado liderazgo a nivel internacional (generación de energía, transportes, infraestructura, tecnología del medio ambiente y servicios ambientales, etc.)

La apertura y modernización de la economía mexicana, sobre todo con la suscripción del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), y la entrada en vigor del TLC con la Unión Europea en julio de 2000, marcaron un cambio en la percepción de Europa sobre México en general. No obstante, en Francia todavía no se ha logrado proyectar una percepción completa y real sobre el nuevo papel que México desempeña en la economía internacional.

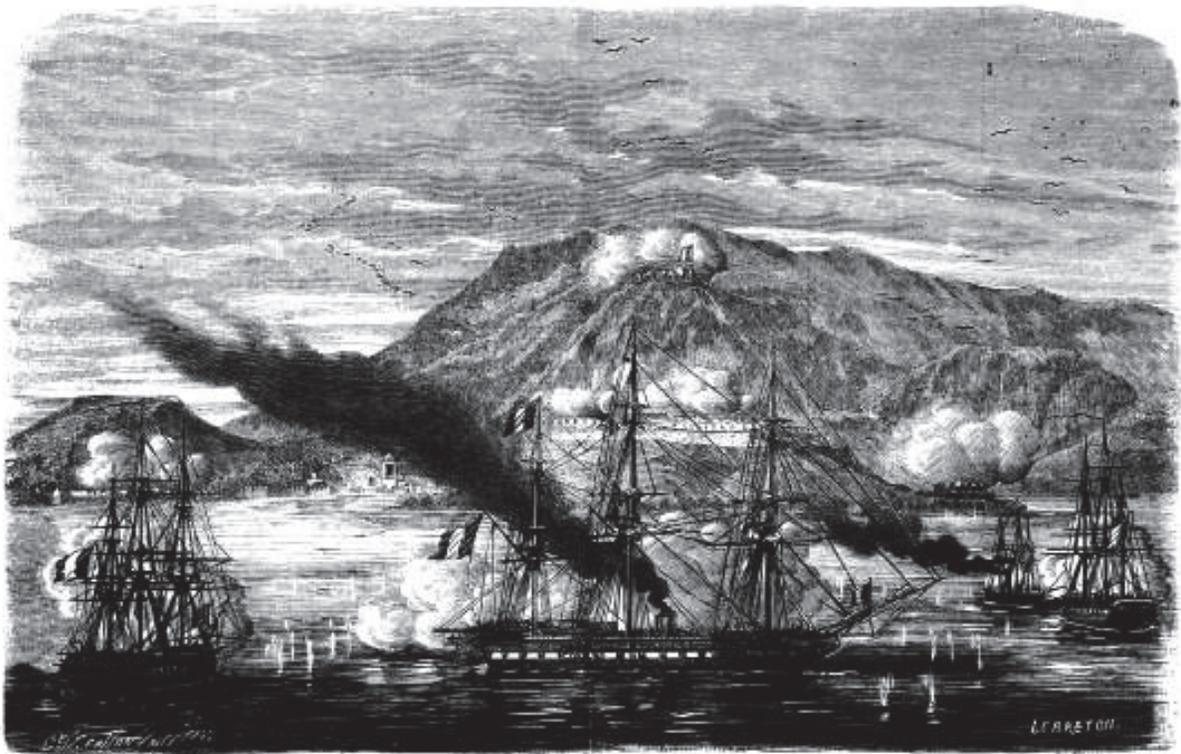
En este sentido, el acceso al mercado mexicano, en términos de igualdad con respecto a otros socios de tratados de libre comercio, así como las oportunidades de inversión que trajo consigo la ampliación del mercado mexicano por la firma de diversos acuerdos de libre comercio y de protección recíproca de inversiones (con 15 países miembros de la UE entre ellos), no ha llegado a permear como factores importantes que atraigan el interés y la presencia de empresas e inversiones francesas a México.

Por el lado de las inversiones, Francia desempeña un papel importante en la economía mexicana con la creación de empleos directos, sobre todo en los sectores energético, automotriz y de autopartes, farmacéutico, de productos de belleza y de lujo, así como en los servicios a las empresas. Si bien dicha presencia podría ser mucho mayor, en los últimos años se ha observado un incremento de la presencia francesa en los sectores agroalimentario y de alta tecnología, especialmente en la aeronáutica, la salud y las telecomunicaciones.

III. Los puentes culturales del siglo xx: hombres e instituciones

1910-1944

El *afrancesamiento* comenzó a ser considerado excesivo por ciertos intelectuales y artistas, como los del Ateneo de la Juventud, que en 1910, y sobre todo después de iniciada la Revolución mexicana, plantearon en su programa la intención de liberar al México intelectual y artístico de una influencia que, con el positivismo



Expédition du Mexique. — ENTRÉE DE LA DIVISION FRANÇAISE DANS LA BAIE D'ACAPULCO, LE 10 JANVIER 1862. — D'après un croquis de M. H. H., aspirant de marine.

el modernismo, se había vuelto casi exclusivamente francesa. La Revolución de 1910 provocó un cambio de mentalidad en los artistas plásticos y cristalizó el interés de los pintores por su país y su cultura, provocó la ruptura definitiva con el academicismo de influencia europea.

Comenzaba a germinar el nacionalismo que tanto brillo —y tanta sombra— habría de arrojar sobre la cultura mexicana, mientras se anunciaba también en Europa, en el mundo, grandes cambios, y Paul Valéry escribía en 1919: “nosotros, las civilizaciones, sabemos que somos mortales”.²⁸

La Francia de la posguerra siguió siendo, a pesar de las ruinas causadas por el conflicto bélico, el centro artístico del mundo. En estos años se creó el Servicio de las Obras Francesas en el Exterior (1920) y la Agencia Francesa para la Acción Artística (1922). Poco a poco, en el México posrevolucionario y en la Francia de la posguerra, renacieron movimientos de reconstrucción y desarrollo educativo. Como en otras épocas, el acercamiento a Europa fue percibido por las elites mexicanas como un contrapeso necesario a las presiones estadounidenses sobre México, algo que se manifiesta claramente en la empresa educativa del nacionalista José Vasconcelos.

Vasconcelos, admirado pero señalado como hostil a la influencia francesa por el embajador Jean Périer (amigo de Alfonso Reyes), concibió y aplicó un plan educativo global, de educación popular para todos los mexicanos. Convenció al presidente Obregón (y a sus sucesores) de que el Estado debía promover el arte y la cultura, pero más adelante, en los años 1930, denunciaría la empresa estatal de poner la educación y la cultura y el arte al servicio de sus intereses.

El indigenismo, el mexicanismo, el “prole-cult” nacional, el muralismo, todo llamaba la atención de los escritores y de los artistas de Europa, Estados Unidos, América Latina; los franceses no fueron los últimos, de Jean Charlot a Paul Rivet, Robert Ricard, André Breton

²⁸ Frase que abre su famoso ensayo, publicado en *Le cri- de de l'esprit, Oeuvres*, I, París, Pléiade, 1957.

y Benjamin Péret, pasando por Antonin Artaud. Sin embargo, como bien lo notaba Luis Cabrera, “con el mexicanismo turístico se intensificó la invasión cultural norteamericana”.²⁹

Este alejamiento de Europa no podría sino afectar profundamente los intercambios culturales entre México y Francia. En el panorama de la cultura parecen dominar dos actitudes distintas y aun opuestas; por una parte el apoyo de unos intelectuales a la labor del régimen, acompañados por una cultura de cierto contenido social; por otra, el rechazo de otros, acompañado de sus correspondientes manifestaciones culturales y exilios personales. Porque junto a los excesos nacionalistas, una nueva corriente intelectual veía en Francia la interlocutora imprescindible de la cultura.

Los intelectuales libres, los poetas y los pensadores, menos entusiastas que los artistas plásticos y musicales, se conservaron al margen del nacionalismo y realizaron críticas inteligentes a los proyectos del Estado y a un singularismo cuya demagogia muchas veces denunciaba como una veleidat la atención al pensamiento foráneo. Fue una posición sana en un momento en que se corrió el grave riesgo de crear un arte y una literatura totalmente subordinados a la ideología del Estado, o a las necesidades de una atención europea que exigía productos culturales cargados de color local [...]³⁰

Así, los grupos del Ateneo, la generación de 1915 y el grupo de los Contemporáneos —y siempre Alfonso Reyes— continuaron con intensidad el trato con la cultura francesa, el intercambio con su pensamiento y su literatura, traduciendo y divulgando a contracorriente del nacionalismo las ideas y las obras de André

²⁹ Luis Cabrera, *El balance de la Revolución*, pp. 31-32. “El balance de la Revolución”, conferencia pronunciada por Luis Cabrera el 30 de enero de 1931 en la Biblioteca Nacional de México.

³⁰ *La Casa de México en París, op. cit.*, pp. 53-54.

Gide, de Paul Valéry, de Henri Bergson, de Julien Benda y de muchos otros escritores franceses. Había otra cultura y otros intelectuales con preocupaciones más serias que los entusiasmos del *made in Mexico*. Trabajaban en silencio, escribiendo gran poesía y crítica de relieve, pero no contaban con la fuerza suficiente para hacerse escuchar entre la alharaca nacionalista. Xavier Villaurrutia, entonces joven poeta, en 1925 escribía apesadumbrado una carta a Alfonso Reyes, diplomático en París: “Añada usted que nada se hace en México de las cosas que podrían salvarme. Ni una revista, ni un libro. La inquietud por la cultura popular que, de cualquier modo, sembró Vasconcelos, se ha apacitado por nuestra parte; y por la de los otros, se ha negado y destruido”.³¹

En el marco de esas discusiones entre nacionalistas y populistas se explican los obstáculos que enfrentó el primer proyecto de abrir una Casa de México en la Ciudad Universitaria de París. En efecto, desde el primer momento México fue invitado a participar en el proyecto de la *Cité Universitaire*. El senador André Honnorat, uno de los principales promotores de la Ciudad Universitaria, viajó a México para promover su proyecto entre los oficiales mexicanos que recibieron con entusiasmo la idea, sobre todo el rector Alfonso Pruneda. Francia se sentía capaz de atraer estudiantes mexicanos, mandar jóvenes franceses a México, son las dos caras de esta política. A partir de 1930, dio becas, por uno y dos años, a jóvenes investigadores franceses orientados por Paul Rivet, director del Museo del Hombre, y uno de los grandes artífices del desarrollo de la investigación francesa en México. Habría que esperar 1945 para que los primeros becarios mexicanos llegaran a París, un año después de la creación del Instituto Francés de América Latina en México, y unos años antes de que fuera colocada la primera piedra de la Casa de México en París.

³¹ *Ibidem*, p. 55.

Alfonso Reyes

Francófilo y francófono, vivió en París, como diplomático en 1913-1914 y luego de 1924 a 1927. Reyes era un Par, como lo muestran las emocionadas saluciones de Jean Cassou y Valéry Larbaud. Incluso, en un dato poco conocido, Charles Maurras —a quien Reyes admiraba mucho— le dedicó un capítulo de *Sur la cendre de nos foyers* (1929).³²

Que Reyes haya habitado algunos meses de 1924 el departamento de 44 de la rue Hamelin, que había sido del agonizante Proust, deja de ser una casualidad para convertirse en un pequeño acto de justicia poética.

Reyes cultivó la amistad de Paul Valéry, Saint-John Perse y Jules Romains. Como lo muestra Paulette Patout en su excepcional *Alfonso Reyes y Francia* (1978), muy variadas fueron las relaciones literarias, políticas y personales de Reyes en París: Jean Cassou, Cocteau, Marcelle Auclair, René Etiemble, André Gide, Marcel Bataillon, la lista sería interminable...

Al caso de Jaime Torres Bodet (1902-1974) siempre ha de seguirlo la leyenda negra del funcionario ejemplar que despoja a la figura del poeta. Ningún escritor mexicano pasó tantos años en París como él, haciendo de su estancia una contribución de primer orden para México y, sobre todo, para la UNESCO, que dirigió entre 1948 y 1952. En la búsqueda del aliento humanista que devuelva a sus principios a los organismos multilaterales, la gestión de Torres Bodet es vista actualmente, antes en Francia que en México, como ejemplar. Siguiendo los pasos de Reyes, Torres Bodet llegó a París por primera vez en 1930, como secretario de embajada. Entre 1952 y 1958 será el embajador.

Una parte esencial de la obra de Torres Bodet se escribió en París, desde los *Sonetos* (1949) hasta *Tres inventores de la realidad* (1955), su paseo por el mundo de

³² Paulette Patout, *op. cit.*, p. 701.

Stendhal, Dostoievski y Galdós. Las memorias de Torres Bodet, tan justamente despreciadas por su señera incapacidad para penetrar en el fondo de las cosas, quizá sean otra expresión de la reticencia de los Contemporáneos (Pellicer confirma la regla) ante la audacia geográfica. El París de Torres Bodet es la ciudad de los grandes funcionarios y de los escritores famosos.³³

Paul Rivet fue amigo de estos dos hombres.

Paul Rivet (1876-1958), siendo médico de formación, se interesó en el origen del hombre en América. En 1906 se integró al Museo Nacional de Historia Natural, al cabo de residir durante varios años en Ecuador. Fue profesor de antropología en el Museo de Etnografía (también conocido, por su ubicación, como el Museo del Trocadero, luego Musée de l'Homme) y en 1930, con el respaldo del ministro francés de Relaciones Exteriores, fundó la llamada École Française de México —que de escuela tuvo bien poco, aunque sí fue centro de operaciones de un total de ocho estudiosos, quienes así pudieron vivir un año en México para completar sus investigaciones. Así, en julio de 1930, Rivet viajó a la ciudad de México para instalar al primer pensionado de dicha École, Robert Ricard (1900-1985), y luego fue a Guatemala y El Salvador. Rivet fue una pieza clave en las páginas del *Journal de la Société des Americanistes de Paris*. La École Française de México murió en 1940, luego de haber dado cobertura a François Weymuller, Jacques Soustelle, Latarjet, Guy Stresser-Péan, Gessain, Halpern y Georgette Soustelle. Rivet formó parte de la resistencia en la Francia de Vichy, y fue consejero de la Francia combatiente en México. En 1942 Rivet se instaló en Colombia, donde fundó el Instituto y Museo de Antropología. En 1945 regresó a Francia, después de fundar el Instituto Francés de América Latina en la ciudad de México, con el apoyo de Alfonso Reyes y Jules Romains.

³³ *La Casa de México en París, op. cit.*, p. 180.

De 1945 en adelante

Francia en México

“Se trataba, para aquellos hombres que habían huido de la ocupación alemana y del régimen de Vichy, de hacer vivir y de conservar la cultura de una Europa dominada por el totalitarismo”.³⁴ Este grupo, que rápidamente se verá enriquecido con la ola de refugiados españoles, entre quienes se contaban destacadísimos intelectuales, dará al Instituto Francés de América Latina (IFAL) un espíritu y una orientación política en defensa de la democracia, al menos en sus primeros años de existencia.

Con la creación del IFAL, Francia elige a México como punta de lanza para desplegar su política cultural en América Latina. El Instituto se convierte en una de las primeras piezas de la red de cerca de 130 centros culturales e institutos franceses en el exterior. En el discurso inaugural del IFAL, Robert Escarpit habló del “humanismo francés” bajo la presidencia de ese “Erasmus” (Reyes) que aprecia la “cultura francesa como expresión del humanismo universal”. Por su parte, en su discurso, Reyes concluye exaltando al humanismo francés “valor común de México y Francia”, “fertilizador de la cultura sudamericana”. Rápidamente, el IFAL, como la Casa de España, se convierte en un centro de encuentro para los refugiados, en “un refugio de los partidarios de la democracia contra las dictaduras” que participan así de alguna manera en el movimiento de la Francia libre.

Alfonso Reyes jugó un importante papel en la creación de ambas instituciones. Supo agrupar a buen número de franceses, españoles y mexicanos en las conferencias, ceremonias que se realizaban particularmente en el IFAL: Alfonso Caso, Jaime Torres Bodet, los Asúnsolo, Diego Rivera, por sólo citar algunos. Este grupo formó parte del “Comité para las Relaciones Culturales México-Europa”, encargado por Caso y Rivet.

³⁴ Denis Rolland, *op. cit.*, p. 301.



Événement du Mexique. — LE GÉNÉRAL DE MIRASOL POURSUIVANT LA CAVALERIE D'AQUELLANO PRÈS DE LOS LLANOS. — D'après un croquis de M. Japp, capit. au 3^e de Navarre.

“Discurso ofrecido por Jaime Torres Bodet en el acto inaugural del Instituto Francés de América Latina, México, D.F., 16 de abril de 1945”:

Hay en la historia poderosas naciones que se distinguen por su tesón en el tiempo de la cosecha. Otras, en cambio, suelen poner lo más puro de su entusiasmo en la dádiva de la siembra. Pueblos incomparables, la fama acuña —sobre el oro nítido del recuerdo— el perfil de su símbolo prestigioso: la silueta del sembrador.

En la vocación de esos pueblos —que, como el griego de la edad clásica y el español de los siglos renacentistas, viven perenemente de lo que dieron— se ilustra Francia; la dulce Francia de Alda la Bella y Clemencia Isaura, la Francia caballerescas de Juana de Arco, la pensativa Francia metódica de Descartes, la inmortal Francia de la Revolución del '89, la Francia mártir de los cuatro años recientes de ocupación.

Sembradora de ideas y de doctrinas, de instituciones y de esperanzas, Francia lo ha sido desde los tiempos de la Edad Media, cuando iban a estudiar a sus universidades los inquietos discípulos de diversas tierras, hasta esos otros —también oscuros por engañosos— que precedieron a la guerra mundial en que nos hallamos. Tiempos terribles durante cuyo transcurso, escindiendo del trono vital de las responsabilidades cívicas apremiantes, la flor soberbia de una cultura, que soñó persistir por sí misma gallardamente, se vio amenazada por la mano sangrienta del agresor.

Sólo el que da se agranda y, por gracia del espíritu, se enriquece. De ahí que Francia —que ha dado al mundo tantas auroras de voluntad y de pensamiento y tantas experiencias de trabajo, de arte y de bienestar— surja, como la planta, de la muerte de la semilla en la que se entrega y, digna de las victorias en la victoria, encuentre hasta en las crisis más dolorosas una fuerza nueva para empezar otra vez y para vivir.

Y es que existen países a los que no impone lastre la madurez: ejecutorias que representan augurios de éxito y culturas que, aunque se ofrezcan a menudo al espectador en calidad de plácido testimonio, contienen tantas reminiscencias como promesas y, más que orgullo de lo pretérito, son explicación de la actualidad y faro de luz lanzada sobre el futuro.

A tal categoría pertenece la profunda cultura de Francia. Cuando la califico así, de profunda, pienso en el escritor que, al regresar de un paseo por las ciudades francesas del Mediodía, exclamaba elocuentemente: “¡Venturoso país, que puede encontrar, para todo, una tradición profunda de sí!” Porque la tradición de Francia es tenerlas todas. Es decir: ha trabajado, sufrido, gozado y creado en todas las direcciones y “ha dado a su alma todas las formas posibles.”³⁵

Entre las tareas del Instituto destacan la labor de traducción y edición de los clásicos franceses, la publicación de la *Revue de l'IFAL* y después de *Terres Latines*, las conferencias científicas y literarias, los cursos de lengua francesa y de formación pedagógica, teatro, música... Desde los años cuarenta, el gobierno francés considera a la enseñanza del francés como uno de los pilares de la cooperación franco-mexicana en materia de educación. El Liceo Franco-Mexicano, construido por el arquitecto mexicano de origen francés Vladimir Kaspe, fue inaugurado en 1950.

Cada director imprimiría su propio sello y orientación, y contribuiría a definir la vocación y organización del Instituto. Después de Jules Romain, es nombrado el doctor Fiasson —médico especializado en enfermedades tropicales— asistido por Marceau-Pivert; en 1946, después de un interinato de Robert Escarpit llega Jean Camp. François Chevalier, de 1949 a 1962, hace maravillas: invita a José Luis Martínez, Gonzalo Obregón, Lucio Mendieta y

³⁵ *La Casa de México en París, op. cit.*, p. 60.

Núñez, Ramón Xirau, Juvencio López Vásquez, Silvio Zavala, Luis Chávez Orozco, Daniel Cosío Villegas, Luis González, etc...

El instituto tuvo entonces un papel de primer orden en la vida cultural y artística de México. Carlos Fuentes lo recuerda como “ese oasis urbano de la calle Río Nazas donde toda mi generación fue a aprender el cine, la literatura y sobre todo la civilización [...], que yo supongo que nos salva, a nosotros latinoamericanos, de la vieja subordinación hispánica y de la nueva subordinación anglo-sajona: Francia representa una protección segura y deseada”.³⁶

Los intelectuales mexicanos más ilustres se acercaron inmediatamente; los mejores artistas de la época expusieron en sus muros. Un grupo de teatro, animado por André Moreau (viejo actor del grupo de Louis Jouvet quien decide quedarse en México después del paso de su compañía por el país), le dio una gran reputación a la Sala Molière, que durante veinte años presentó un amplio repertorio en francés y en español. El cine club del IFAL fue uno de los primeros de México y de gran calidad gracias al trabajo de Jomi García Ascot. La biblioteca era una de las más completas de América Latina en lengua francesa, como lo cuenta Jean-Marie Le Clézio, quien trabajó en el IFAL en 1967-1968.

En esta época México experimentó una vida artística en plena efervescencia, y entre las numerosas galerías que se abrían, la del IFAL se impondría exponiendo artistas de gran calidad como Pedro Coronel, quien hizo su primera exposición en 1957; José Luis Cuevas, Francisco Toledo, Zúñiga, entre otros muchos. El papel del IFAL durante esos años, fue de primer orden en la vida artística y cultural de la capital mexicana. Una maravillosa novela autobiográfica de Juan García Ponce, *Pasado presente*, revive intensamente esos años del IFAL.³⁷

³⁶ *Ibidem*, p. 57.

³⁷ *La Casa de México en París*, op. cit., p. 58; y François Bataillon, FA. Giraud, *IFAL, 1945-1985*, México, IFAL, 1986.

Una segunda edad de oro del IFAL se presentó en los años 1986- 1990, bajo la dirección de Louis Panabière, apoyado por un gran consejero cultural, André Ladousse.

Guy Stresser-Péan (1913-2009)

El antiguo becario (1936-1940) de Paul Rivet, gran especialista de la Huasteca, había regresado a México en 1950 y para siempre.

Fue colega y amigo de Claude Lévi-Strauss, cuya trayectoria científica fue radicalmente diferente de la suya, casi opuesta podríamos decir, y sin embargo sorprendentemente complementaria. Esta complementariedad el propio Lévi-Strauss la reconoció en más de una ocasión, y hasta en las líneas que le envió después de haber recibido el libro *Le Soleil-Dieu et le Christ. La christianisation des Indiens du Mexique vue de la Sierra de Puebla*,³⁸ probablemente la obra principal de Guy Stresser-Péan, y que lo era ciertamente a sus propios ojos. En una carta del 24 de junio de 2005, anunciando que iba a leer el libro durante el verano, Lévi-Strauss le escribía: “Votre immense savoir des choses mexicaines me sera, comme à d’autres, d’un constant profit”.³⁹ Y en otra, fechada el 20 de septiembre del mismo año, a propósito del mismo libro: “C’est un trésor d’observations et de réflexions originales que je vous suis reconnaissant de m’avoir envoyé. J’admire que vous ayez mené à bien cette grande entreprise malgré les fatigues de l’âge. Plus vieux que vous, certes, j’ai renoncé aux livres”.⁴⁰

³⁸ París, L’Harmattan, 2005. Edición en español: *El Sol-Dios y Cristo. La cristianización de los indios de México vista desde la Sierra de Puebla*, México, Conaculta/FCE/CEMCA, 2010.

³⁹ “Su inmenso conocimiento del mundo mexicano será para mí, como para otros, de un provecho constante”.

⁴⁰ “Es un tesoro de observaciones y reflexiones originales que le agradezco haberme enviado. Admiro que haya llevado a cabo esta gran empresa. Por cierto, soy mayor que Usted pero renuncié a los libros.” [Agradecemos a la señora Claude Stresser-Péan habernos facilitado una copia de estos dos correos].

Antropólogo, sociólogo rural, arqueólogo, sabelotodo, de una exigencia extraordinaria, logró en 1962 el apoyo de las autoridades mexicanas y de París para crear la “Mission archéologique et ethnologique française au Mexique”. Así lograba dar una legitimidad oficial a los arqueólogos franceses que pudieron conseguir permisos de excavaciones; abrió México a la arqueología francesa, ciencia que Francia ha financiado de manera muy peculiar desde el siglo XIX en Egipto, Grecia, Italia y otros sitios importantes de la historia humana. Stresser-Péan, apoyado por sus colegas mexicanos hasta el fin de sus días, dirigió la Misión hasta 1979.

En 1982 el geógrafo Claude Bataillon, conocido y reconocido en México, fue encargado de abrir este instituto financiado por le Quai d’Orsay a las otras ciencias sociales; esto explica el cambio de nombre: la Misión pasó a ser el Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos (CEMCA), base de trabajo de muchos investigadores confirmados así como de becarios y otros doctorados.

En 2008 el embajador Daniel Parfait, al celebrar los 25 años del CEMCA, pudo decir:

Desde hace 25 años, el CEMCA significa para ambos países un lugar privilegiado para la observación y el estudio científico. La presencia de este centro en México proporciona a los investigadores los medios con los que pueden contribuir al avance del conocimiento. Para Francia eso se traduce en una oportunidad para percibir de manera más cercana a uno de sus principales socios en América Latina, para aproximarse a los países de Centroamérica y, en especial, a Guatemala. En este centro de estudios, se han propiciado cientos de aventuras científicas y humanas que, hasta la fecha, han quedado plasmadas en la edición de más de 300 obras y revistas, sin contar con los numerosos encuentros y debates de alto nivel, que no siempre se publican, pero que son alimento para aquellos hombres y mujeres que les dan vida gracias al espíritu de la curiosidad científica.

Los temas de intercambio y de investigación evolucionan, como también lo hacen los países y sus sociedades. Así se trazan cada día nuevos rumbos en el CEMCA, siguiendo las prioridades y metodologías de cada época. Gracias a lo adquirido a lo largo de sus 25 años, el CEMCA puede reflexionar sobre su acción y su colaboración con las instituciones mexicanas que, ahora, han logrado situarse en el ámbito de la investigación internacional de primer rango. Compartir la riqueza de sus hallazgos científicos y difundir los últimos estudios sobre Mesoamérica seguirá siendo un desafío pero, sin duda, un desafío apasionante. Es responsabilidad del CEMCA aceptar este reto, aprovechando el patrimonio que ha sabido construir, al ofrecerlo para el servicio de la inteligencia de uno de los gigantes del nuevo siglo.⁴¹

México en Francia

En los años de la posguerra se retoman las negociaciones para la construcción de la Casa de México en la Ciudad Internacional Universitaria de París y, posteriormente, del Centro Cultural de México en París.

Pero las relaciones franco-mexicanas deben su fuerza y permanencia no sólo a las políticas desarrolladas en diversas épocas por los respectivos gobiernos; también a numerosas personalidades del mundo artístico e intelectual, mexicanos y franceses, que cultivaron un profundo interés por todo aquello que sucedía a ambos lados del Atlántico.

A las diez de la noche en el Café de Inglaterra
Salvo nosotros tres
No había nadie
Se oía afuera el paso húmedo del otoño
Pasos de ciego gigante
Pasos de bosque llegando a la ciudad

⁴¹ Texto del tríptico en que se invitaba a celebrar el aniversario del CEMCA.

Con mil brazos con mil pies de niebla
 Cara de humo hombre sin cara
 El otoño marchaba hacia el centro de París
 Con seguros pasos de ciego

Octavio Paz,
Noche en claro (1958)

La estancia de Octavio Paz (1914-1998) en París, como tantas cosas en su vida, fue excepcional. Paz se instala en la ciudad como tercer secretario de la embajada mexicana, en diciembre de 1945. Había estado en París por primera vez en 1937, antes y después del Congreso Antifascista de Valencia. Pero esa experiencia de posguerra, según recordará en numerosos textos y poemas, fue el momento capital de su formación intelectual: el surrealismo (Benjamin Péret y André Breton), el marxismo heterodoxo (Kostas Papaioannou y David Rousset) y el encuentro con otros poetas que, franceses o extranjeros, hacían de París, tras los fuegos de la guerra mundial, las brasas del siglo. Dice Paz en *Itinerario* (1993):

Mi vida dio otro salto en 1945: dejé los Estados Unidos y viví en París los años de la posguerra. No encontré ni rastro de la revolución europea. En cambio, [...]. La mirada más clara y penetrante era la de Raymond Aron, poco leído entonces: su hora llegaría más tarde. Había otros solitarios; uno de ellos, aún muy joven, Albert Camus, reunía en su figura y en su prosa dos prestigios opuestos: la rebeldía y la sobriedad del clasicismo francés. Jean Paulhan, otro solitario, tuvo el valor de criticar los excesos de las “depuraciones” y de enfrentarse a la política de la intimidación de los intelectuales comunistas. Una roca en aquel océano de confusiones, el poeta René Char. También, aislado, en el centro de las mermadas huestes surrealistas, André Breton. Pero los más apreciados, leídos y festejados eran Sartre y su grupo. Su prestigio era inmenso, lo mismo en Francia que en el extranjero.⁴²

⁴² Octavio Paz, *Itinerarios*, México, FCE, 1993, pp. 81-82.

Pocos como Octavio Paz, entre los intelectuales latinoamericanos, aprovecharán la experiencia de París para pasar de testigos a protagonistas de su siglo, o para decirlo con su famosa frase de *El laberinto de la soledad* (1950), a ser contemporáneos de todos los hombres. En París, Paz no sólo redacta este último libro sino prepara su primera recopilación poética, *Libertad bajo palabra* (1949). Y también desde esa ciudad divulga la denuncia de David Rousset de los campos de concentración soviéticos, logrando que se publique en la revista *Sur*, de Buenos Aires, en 1951. Junto a ese gesto de gallardía moral, Paz elabora en París una *Antología de la poesía mexicana*, que Samuel Beckett traducirá al inglés. Pero al embajador Torres Bodet le incomodaba el activismo político de Paz, visible en su simpatía por la causa argelina o en su defensa de Luis Buñuel, cuya película *Los olvidados*, que se exhibía en el festival de Cannes, había escandalizado al gobierno mexicano. Paz fue enviado a la India y a Japón.

La cultura francesa marcó de manera definitiva su talante intelectual, su posición crítica y su fervor literario. Sin la presencia de la Francia que amó desde que, cuando niño, leyó una historia de Francia y las novelas de Dumas, su obra no habría tenido la altura que tiene. Amor correspondido: muy pronto en la prestigiosa colección La Pléiade, canon final de la cultura francesa, deberá aparecer la poesía completa de esta voz universal.⁴³

De la misma manera, México marcó de manera definitiva a Jean-Marie Le Clézio.

En el marco de las conmemoraciones del cuarto centenario de la Universidad de México, el 21 de septiembre de 1951, la Universidad Nacional de México otorgó el doctorado *honoris causa* a un grupo de humanistas y científicos entre los que estaban Paul Rivet y Jean Sa-

⁴³ Guillermo Sheridan, “Aquí, allá, ¿dónde? Octavio Paz en el servicio diplomático”, en *Escritores en la diplomacia mexicana*, México, SRE, 1998.

railh, rector de la Universidad de París. Este último, “en impecable castellano, evocaría los momentos cruciales de nuestra institución” (La Casa de México), como lo recuerda en sus memorias Miguel Alemán.

Con motivo de celebrarse los 400 años de la institución, su rector me expuso la idea de establecer una residencia de estudiantes en París, la cual daría hospedaje a los mexicanos becados en cursos de posgrado, cuya principal obstáculo económico era precisamente el de conseguir una habitación decorosa. Ya don Isidro Fabela, egregio maestro universitario y por entonces juez de la Corte Internacional de Justicia, había propuesto fundar la Casa de México en París, iniciativa muy encomiable, aunque la construcción de la Ciudad Universitaria, gozaba de primacía absoluta. Consciente de estas limitaciones, el doctor Garrido atendió mi sugerencia de recurrir a la próspera colonia de residentes franceses, mientras yo solicitaba el apoyo de otros organismos e instruía a nuestro embajador en Francia, doctor Víctor Fernández Manero, para secundar este proyecto. Gracias a la generosidad de numerosas empresas y particulares, la residencia estudiantil pudo construirse en un terreno cedido a México por la Universidad de París, inaugurándose hacia principios de 1953.⁴⁴

El entusiasmo de México se hizo patente en París con una magna exposición de arte mexicano, integrada por seiscientas piezas de arte prehispánico, más de dos mil objetos de artesanía popular, importantes obras coloniales y una colección notable de arte moderno.

La primera piedra de la Maison du Mexique fue colocada el 17 de julio de 1951, en presencia de las autoridades francesas y de don Antonio Castro Leal, delegado permanente de México ante la UNESCO, en representación de la UNAM. En su discurso, Castro Leal recordó al maestro

⁴⁴ Miguel Alemán Valdés, *Remembranzas y testimonios*, México, Grijalbo, 1986, p. 302.

Justo Sierra, quien decía que Francia, por su carácter, por su espíritu y por sus instituciones, es el centro de gravedad de la solidaridad latina.

La vida de los pueblos hispanoamericanos está profundamente ligada al pensamiento francés. En los comienzos de la historia de nuestros países, encontramos siempre una figura nacional, en quien el deseo de independencia, justicia y libertad nació o creció al contacto de un libro francés del siglo XVII que entró en las colonias españolas burlando las mal resguardadas fronteras. Unas veces se trataba de un tomo de la enciclopedia; otras, de alguna obra de Voltaire, Montesquieu o Rousseau.

La Revolución Francesa puso después un deseo de acción en los hombres ya conquistados por las doctrinas y los razonamientos enciclopedistas.⁴⁵

El París de la posguerra, donde faltaba todo o casi todo, le permitió a Manuel Cabrera estudiar filosofía con Jean Wahl y Vladimir Jankélevitch, leer a Albert Camus y a Jean-Paul Sartre, conocer a sus amigos de entonces: Octavio Paz, Rodolfo Usigli, Pablo González Casanova y graduarse en La Sorbona. Manuel Cabrera fue, unos años después, director de la Casa de México en París, que transformó en un centro cultural indispensable.

Las primeras generaciones de residentes fueron brillantes, como lo recuerda Margo Glantz:

La Casa de México se había inaugurado hacía poco y todo estudiante mexicano que se dirigía a París la conocía. Varios amigos ya estaban instalados en ella y además su director —el doctor Manuel Cabrera— era amigo personal nuestro, al igual que su esposa, María Ramona Rey de Cabrera. Ya estaban allí varios amigos, como los pintores Lilia Carrillo y Manuel Felguérez; el filósofo Ricardo Guerra; los escritores Enrique González Pedrero, Julieta Campos,

⁴⁵ *La Casa de México en París*, op. cit., p. 93.

Gabriel Zaid y Salvador Elizondo; los cineastas Manuel Michel y José Luis González de León; Ramón Xirau y Ana María Icaza de Xirau, Emilio Uranga, Vera Yamuni, Sol de la Borbolla y el pintor uruguayo Horacio Torres García. Más tarde llegaron Víctor Flores Olea, Porfirio Muñoz Ledo, Manuel de Ezcurdia, el músico Joaquín Gutiérrez Heras, Martín Seidel, la clavicinista Luisita Durón y otros. Pasaron por allí también y residieron brevemente, creo, Alejandro Rossi, Luisa Josefina Hernández, Luis Villoro, Estela Ruiz Milán, Joaquín Díez Canedo y Rafael Gutiérrez Girardot. También estaba allí, exiliado, el poeta José Bergamín, con el que salíamos a menudo. En una ocasión, fuimos a cenar con la viuda de Breton y con Dominique, la de Paul Eluard. [...]

Recuerdo mucho las conferencias, divertidísimas de Salvador Elizondo; el saludo cotidiano de Horacio Torres García, que pretendía que los mexicanos éramos muy nacionalistas; las partidas de ajedrez de Víctor Flores Olea y Paco López Cámara [...]⁴⁶

Poco después le tocaría a Rafael Segovia hacerse amigo de su maestro Jean-Baptiste Duroselle, y auditor y lector de Raymond Aron. En aquellos años Luis Villoro traduce *El principito* de Saint-Exupéry. Paz, Juan García Ponce y Salvador Elizondo leen a Bataille, Blanchot, Klossowski. Tomás Segovia da a conocer a Lévi-Strauss y traduce a Lacan; Arturo Ripstein, José de la Colina, Emilio García Riera y Tomás Pérez Turrent leen *Les Cahiers du Cinéma*.

Héctor Pérez Rincón era el discípulo de Jean Delay, si bien la medicina francesa había sido desplazada en México por la estadounidense. En los años 1960, la Librería Francesa en México, al principio del Paseo de la Reforma, era un lugar obligatorio para muchos: De Gaulle había ordenado que Air France transportara cada día, gratuitamente, la prensa francesa, de

⁴⁶ Cit. en *La Casa de México en París*, op. cit., pp. 153-154.

modo que Paz, Fuentes y otros muchos tenían su casillero. ¿Será por eso que México escogió entonces un metro francés?

Muchos de los becarios mexicanos en Francia llegaron a ser gobernadores, ministros, candidato a la presidencia de la República...

Después vendrían años de vacas flacas cuando París disminuyó progresivamente las becas, hasta su casi desaparición. Pasarían años antes de que se corrigiera semejante error.

México y Francia hoy

En los años noventa, Francia eligió en América Latina dos sitios clave: México y Brasil. Por fin se sintió la necesidad de recuperar un lugar en la formación de las elites académicas latinoamericanas, factor de indiscutible repercusión en las relaciones económicas y políticas entre las naciones.

Por su lado, México, preocupado por diversificar unas relaciones fuertemente ligadas a Norteamérica —en particular a partir de la firma del Tratado de Libre Comercio—, buscaba una apertura hacia Europa.

Hoy en día el intercambio cultural y educativo se rige por el Acuerdo de Cooperación Cultural suscrito en 1970, el Acuerdo Marco de Cooperación firmado en 1992 y por numerosas propuestas aprobadas en cada reunión periódica de la Comisión Mixta México-Francia. A los mecanismos tradicionales, becas para estudios universitarios y doctorados, se suman otras formas de cooperación como las estancias lingüísticas, tesis en co-tutela, prácticas profesionales en empresas y en universidades, videoconferencias, laboratorios mixtos, redes universitarias y de investigación, etc.

En los registros de la Embajada de México en Francia se encuentran inscritos aproximadamente más de 408 acuerdos entre instituciones educativas, 24 acuerdos gubernamentales y tres acuerdos multilaterales en materia de cooperación educativa, científica y tecnológica. Cabe señalar que la cifra de acuerdos antes mencionada no es exhaustiva, debido a que las

instituciones participantes gestionan en su gran mayoría de manera directa los convenios bilaterales. En promedio hay 2000-2500 estudiantes mexicanos en Francia.

La cooperación educativa y cultural es un campo de excelencia en el marco de las relaciones bilaterales entre México y Francia. En el renglón educativo, Francia constituye para México uno de los más importantes destinos de formación universitaria en el extranjero y de intercambio de cátedras entre instituciones de educación superior. La cooperación educativa entre México y Francia se ha visto reforzada en años recientes al sumarse a los programas de becas de formación técnica, profesional y de postgrado, nuevas becas de bachillerato y de asistentes para la enseñanza de idiomas, así como programas de estancia para maestros de educación básica.

Para el Ministerio de Asuntos Extranjeros del Gobierno de Francia, la prioridad de sus actividades en México consiste tanto en la formación de elites (políticas, empresariales, intelectuales y artísticas) como en la creación de instancias de cooperación científica y tecnológica. De ahí se deriva el fuerte acento impreso en la promoción de la lengua francesa a través de 44 sucursales de la Alianza Francesa en la República mexicana, del IFAL y la Casa de Francia, así como mediante cursos de lengua francesa en numerosas universidades. A esto se suma la oferta en los institutos superiores franceses, accesible mediante becas de posgrado y para la enseñanza de la lengua.

Francia es el tercer país receptor de estudiantes mexicanos después de Estados Unidos y España, empatando con el Reino Unido.

Las dos naciones coinciden en su interés por fortalecer y ampliar la colaboración entre instituciones gubernamentales en los sectores educativo y cultural, con el refuerzo de entidades públicas y privadas. Asimismo, desean favorecer la presentación de actividades culturales de México en Francia y viceversa, y el intercambio de profesionales de museos, artistas, intelectuales y promotores culturales de ambos países. Las actividades de educación y difusión de la cultura en Francia se realizan principalmente por medio de las siguientes instancias: la Consejería Cultural de la Embajada de México en Francia, el Ins-

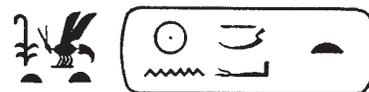
tituto de México en París, la Casa de México de la Ciudad Internacional Universitaria de París y la Casa Universitaria Franco-mexicana de Toulouse.

En 2009, la exposición Teotihuacán en París tuvo un éxito que sorprendió a los organizadores y obligó a reimprimir varias veces el catálogo; la literatura mexicana, invitada de honor en la Feria del Libro, en octubre del mismo año, rompió récord de asistencia. Sin embargo ambos países, de manera general, reducen sus créditos culturales, quizá Francia más que México. Una vez más el historiador recuerda las palabras pesimistas de José Vasconcelos: “¿Hasta cuándo Francia dejará de vender Luisianas en América?”

Felizmente, no todo depende de los gobiernos y la atracción recíproca entre las dos naciones, los dos pueblos, resiste a todos los desencuentros, malentendidos, decepciones que son inevitables cuando de política se trata.

Uno podría celebrar la muy real amistad entre Francia y México, y felicitarse de unas relaciones culturales aparentemente perennes; pero sería olvidar que la mundialización de la cultura no es favorable al mantenimiento de la “excepción cultural francesa”. De hecho, la guerra mundial cultural ha sido declarada y los medios de producción franceses y mexicanos son muy inferiores a los de los Estados Unidos, China o la India. Sea alta cultura elitista o divertimento de masa, la guerra por el *soft power* la estamos perdiendo, como lo demuestra la omnipresencia del inglés... hasta ahora.

El español tiene buenas posibilidades y la “francofonía” también, pero nuestras flaquísimas políticas culturales no logran mucho en un mundo en el cual el comercio, la ciencia, el arte y la geopolítica se entrelazan.⁴⁷



⁴⁷ Frédéric Martel, *Mainstream. Enquête sur cette culture qui plaît à tout le monde*, París, Flammarion, 2010.



BOISIER QU'ON VOIT DÉCOURÉ PAR LES FRANÇAIS DANS L'INDIE. — D'après un croquis de M. V. Pons.